Folio
N 6670
.S3

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

This acquisition
was made possible
by
The Carnegie Corporation
of New York

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

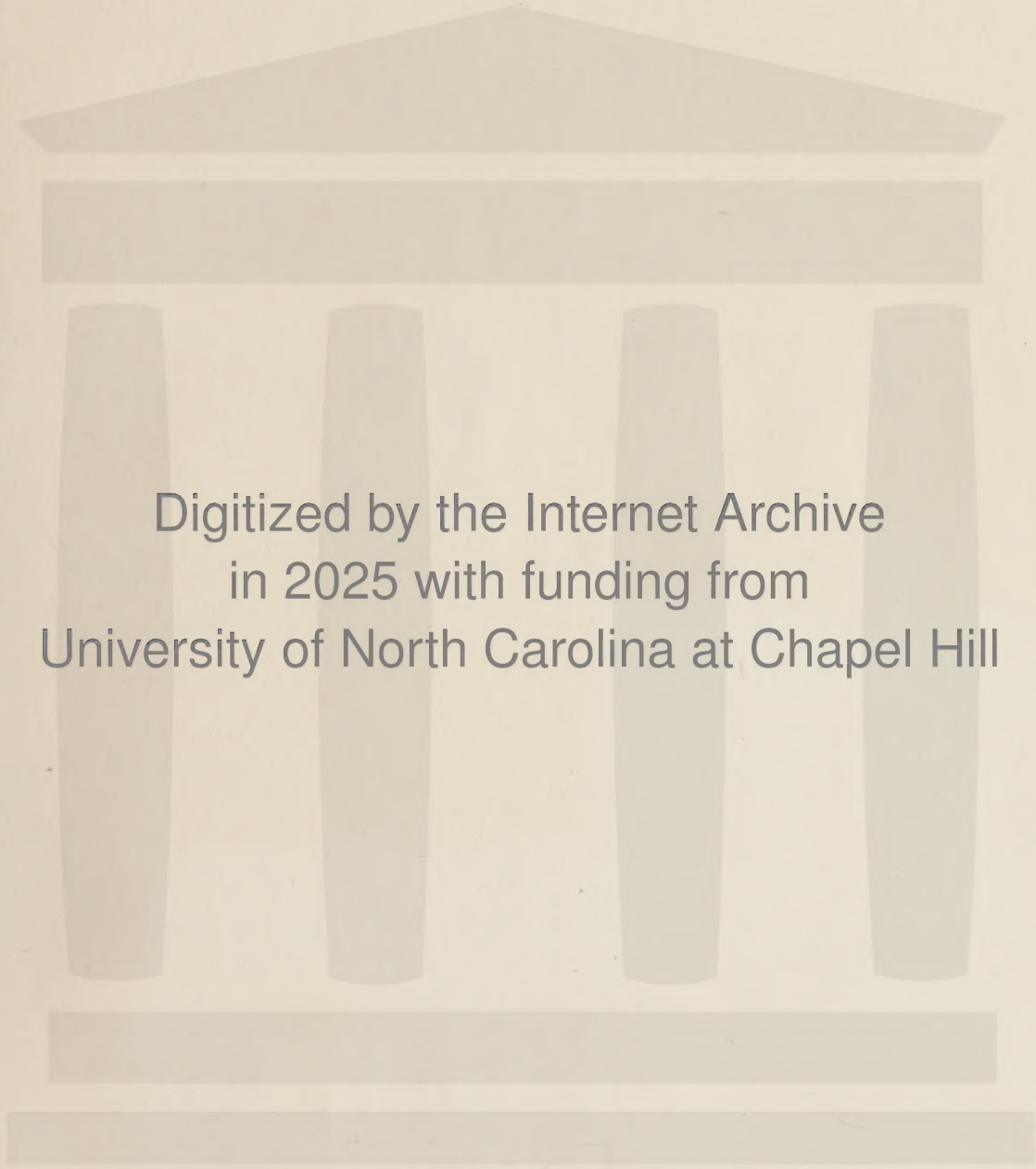
ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

Folio
N6670
.S3

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

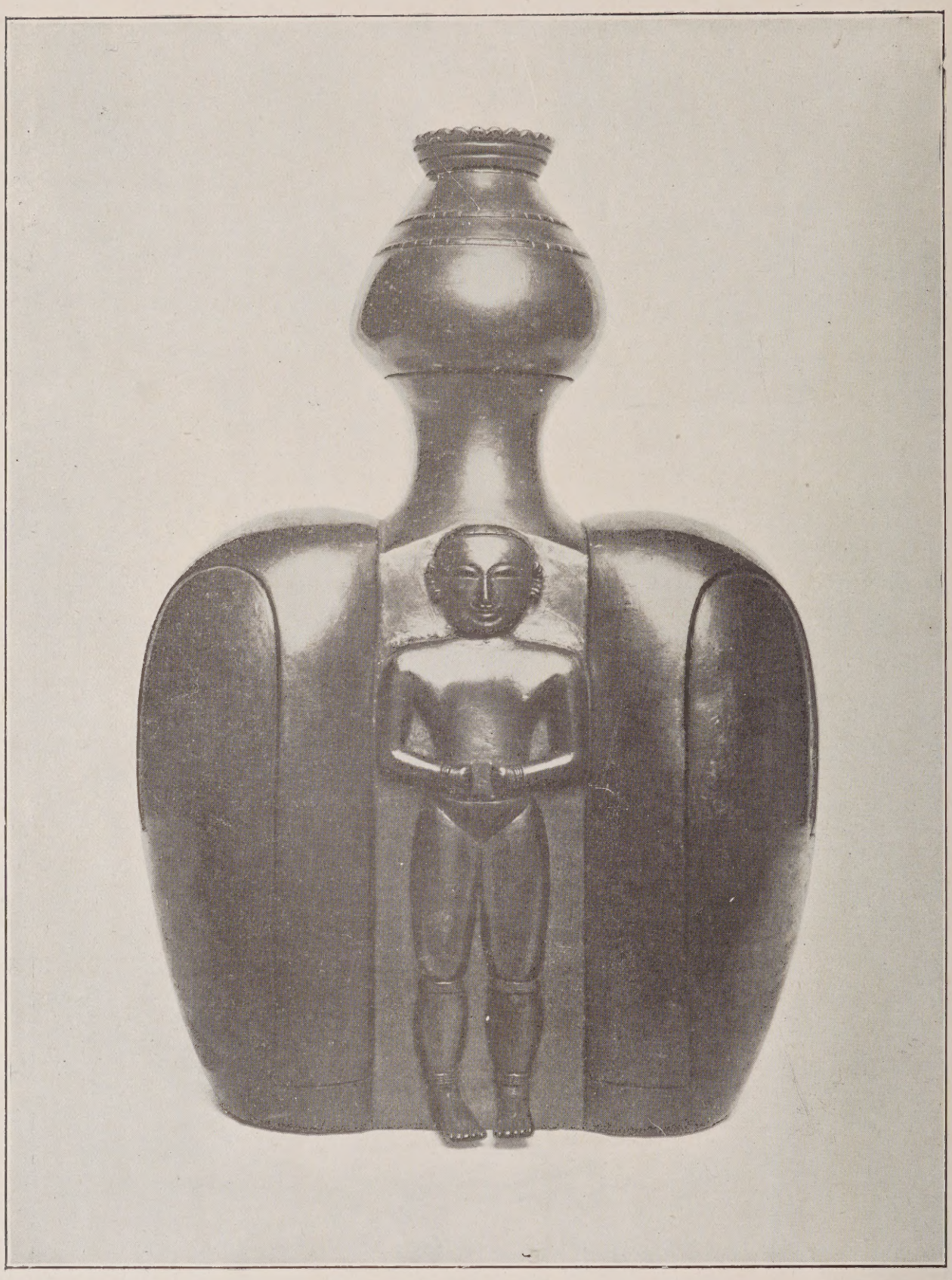
https://archive.org/details/colombiabreveres00samp

DANIEL SAMPER ORTEGA

COLOMBIA

BREVE RESEÑA DE SU MOVIMIENTO ARTÍSTICO E INTELECTUAL

Editado por la Unión Ibero-Americana de Madrid



Anfora de oro. (Trabajo Quimbaya.)

DANIEL SAMPER ORTEGA

COLOMBIA

Breve reseña de su movimiento artístico e intelectual

(Resumen de las conferencias pronunciadas en los Ateneos de Bilbao y de San Sebastián, el 16 y el 18 de Noviembre; en el Círculo Mercantil, de Santander, el 24 del propio mes, y en la Universidad de Salamanca y la Unión Ibero-Americana, de Madrid, el 6 y el 21 de Diciembre de 1927, respectivamente.)

Folio
NV670
.S3

1929

EDITADO POR LA UNIÓN IBERO-AMERICANA

LOS MADRAZO, 9.—MADRID

Es propiedad de la Unión Ibero-Americana. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Talleres gráficos de E. Giménez, Huertas, 16 y 18. – Madrid

RESEÑA DEL MOVIMIENTO ARTÍSTICO E INTELECTUAL EN COLOMBIA

F898.61
S19c

531509

Resumen de las conferencias pronunciadas en los Ateneos de Bilbao y de San Sebastián el 16 y el 18 de Noviembre; en el Círculo Mercantil, de Santander, el 24 del propio mes, y en la Universidad de Salamanca y la "Unión Ibero-Americana", de Madrid, el 6 y el 21 de Diciembre de 1927, respectivamente.

A manera de introducción

Agruparse alrededor de España, aprovechando la ventaja de tener un mismo idioma, es la única defensa efectiva que las naciones americanas tienen contra la lenta penetración que en ellas están llevando a cabo pueblos de distinta raza, con grave detrimento de sus respectivas nacionalidades, si no en la rigurosa acepción del vocablo, sí en su sentido lato; porque si bien América es un codiciado campo demasiado amplio para que un solo país se adueñe comercialmente de él ante la indiferencia de los demás, las influencias de mentalidades que poseen tan opuesto criterio respecto a las bases en que ha de sustentarse la grandeza de los pueblos, pueden socavar las que—a Dios gracias—legó a sus antiguas colonias una nación que siempre ha rendido más culto a las virtudes del espíritu que al poder adquisitivo del oro.

El posible demérito de que hablo afecta a España casi más que a América, aunque no sea sino por lo necio que resulta abandonar a terceros los frutos que por derecho propio corresponden a quien tantas vidas y esfuerzos sacrificó para ofrecer al mundo un porvenir. América ha recibido de España la tradición, el idioma y la fe, características primordiales de su personalidad, y su propia conveniencia está, sin duda, en seguir bebiendo de la misma fuente, antes que derribar lo que existe para reconstruir sobre los escombros; pero también puede dar, y da en efecto, juventud y riqueza, en forma de sensibilidad y horizontes nuevos, de vigor y consistencia al idioma (porque son veinte los países donde el habla es más uniforme que en las distintas provincias españolas) y, sobre todo, en ideología, como es natural, tratándose

de pueblos en formación y donde abundan los problemas más varios y complejos. El nuevo mundo necesita materiales para su cultura, y en busca de ellos acude dondequiera que los haya: pero en arte, como en todo, el que demanda, retorna siempre allí donde encuentra más propicia acogida. Esto explica la tendencia americana hacia Francia e Italia, naciones dispuestas siempre a apoyar los esfuerzos que propenden a relevar los perfiles del alma latina.

En España, de cierto tiempo a esta parte, se piensa cada vez más en nosotros, y los resultados de recientes iniciativas oficiales no pueden ser mejores: el Gobierno español tuvo la simpática idea de conceder a cada país algunas becas en Madrid y al lado de los becados viene aquí ya una multitud de jóvenes que al regresar a su patria se encargan de exaltar el amor al viejo solar común, tan distinto y tan superior a la España que allí se conocía; porque antes la única información que de España teníamos era cierta literatura anticuada y belicosa, y los dibujos de pandereta y abanico que se fabrican en Sevilla como antigüedades auténticas para turistas norteamericanos.

Calurosamente patrocinada por S. M. el Rey se agita hoy la idea de fundar una ciudad universitaria que sea como el hogar intelectual de la raza. Pero si se considera que en ciertos países de idioma distinto al nuestro se ha decretado la enseñanza obligatoria del español con el único objeto de buscar más estrecho contacto con América, hay que decir que aún falta mucho por hacer para que España vuelva, como debe y le conviene hacerlo, a descubrir el nuevo mundo.

Séame permitido expresar, a propósito de la ciudad universitaria, una opinión desde mi punto de vista de sudamericano: cuando la Universidad de Salamanca llegó a la cumbre de su importancia, todos los pueblos que hoy formamos entidades políticas distintas éramos el mismo grande imperio del rey Felipe II. Las glorias de Salamanca son, pues, un patrimonio de la raza; a sus claustros están vinculados los nombres más famosos de *nuestra* común historia literaria. ¿Qué razón hay para fundar la mencionada Universidad en otro punto que no sea aquella ciudad, que tiene tan bellas tradiciones?

Mas, volviendo al tema inicial, con respecto a Colombia, puedo afirmar que el anhelo popular es que sea un país europeo, mejor que algún vecino peligroso, el que participe con nosotros de los frutos para cuya cosecha necesitamos de ajeno concurso. En el campo del arte, al cual me circunscribo, comienzan a observarse los mu-

tuos beneficios de la educación que nuestros jóvenes han recibido aquí Valiosos elementos nuevos, entre los cuales se cuenta en primera fila el actual director de la Escuela de Bellas Artes, han regresado, o están para regresar a Colombia llenos de entusiasmo por España; como que han tenido ocasión de apreciarla en todo lo mucho que vale. Su entusiasmo va contagiándose, y ya son muchos los colombianos que al venir a Europa, prefieren desembarcar en Cádiz, Barcelona o Santander a hacerlo en El Havre. Los artistas de este país que quisieran llevar a cabo Exposiciones de sus cuadros en el nuestro, no podrían menos de manifestar su asombro ante la simpatía y el apoyo que de seguro encontrarían entre los cultivadores colombianos de la pintura, casi todos ellos forjados en este yunque de acá. La dirección de la Escuela de Bellas Artes de Colombia trabaja por que se lleven a cabo esta clase de visitas, y en forma tal, que los que vayan retornen gananciosos, pues aspira a que los cuadros de mérito que nos lleven se queden allá definitivamente.

Otros países juzgan a nuestra patria como terreno propicio para difundir su cultura, y así es, en efecto. Aquí no interesamos sino como simple mercado comercial y ni aun en este concepto defiende España su primacía. Los españoles—hablo de toda la raza—tenemos todas las virtudes, menos la de aprovecharlas, para ser el más poderoso organismo del planeta. Los restantes pueblos, que nos conocen, invitan a América a su lado, hablándole, unos, del ideal latino, y persuadiéndola, otros, a que abandone el ensueño y se dedique a producir, en beneficio de ellos, eso sí, pura riqueza material.

Entretanto, los vínculos de la familia española se relajan cada día más. La causa inicial de este fenómeno tiene tres factores: el desvío consecuente a la independencia de las colonias españolas; la necesidad en que se vieron éstas de poblar enormes territorios para apremiar la madurez de su nacionalidad, y la desidia, que es inherente a nuestro carácter, como ya lo anoté. Como resultado de todo ello, junto empieza a nacer en algunas de esas naciones la tendencia a crearse, además de su personalidad geográfica y política independiente, un idioma sin tradición, formado con despojos del castellano, elementos llegados por los emigrantes y los que se salvaron en la catástrofe de las razas primitivas. ¿No es este un serio peligro para la colectividad española? Respeto las razones que cada uno tenga para obrar a su acomodo, pero juzgo, por mi parte, de capital importancia oponer a los demoledores una firme decisión de apretar los lazos a que ellos pretenden dar suelta; pues, aun cuando sólo

fuese por higiene internacional, ahora, más que nunca, es preciso afianzar las características de la raza, amenazada por ocultas corrientes; y bien sabemos todos de cuál de los puntos cardinales vienen hoy esas corrientes, en forma de hilos dorados, hacia el Sur.

Y como el lazo que nos ate ha de tejerse con infinitos pequeños hilos, cada uno de nosotros, en la escala de sus conocimientos y entusiasmos, debe llevar su cabo al telar. Incumbe a los Gobiernos difundir el conocimiento de sus respectivos países y mostrar qué inmenso campo es América para toda clase de actividades; pero los soldados, de cualquier ideal también, debemos echar nuestro cuarto a espadas en materia que tanto nos interesa. Ante todo, es preciso conocernos: no bastan las meras relaciones de comercio, por mucho que se las estimule.

Para lograr este conocimiento, nada mejor que ir y venir de unos a otros países, como yo he venido a España, en una verdadera peregrinación y con el propósito firme de estudiarla. De este modo, ahora, que regreso a Colombia, después de haber abierto el alma, el corazón y la mente a todos los horizontes españoles, podré decirles allá que la madre patria no es tan sólo una dama aristocrática y achacosa que duerme sobre sus laureles antiguos, como afirmo aquí que las naciones americanas no son ya pueblos menores de edad. Allí, como en España, hay fuertes pulsaciones de juventud. Respecto de la última, se impone, además, concluir con las leyendas que varios siglos de literatura enfermiza enredaron entre la nervadura de sus catedrales.

España es también organismo vivo y poderoso, que labora, como colmenar gigantesco, en Cataluña; modula himnos al trabajo en el rumor de las aceñas, que rompen el sueño de sus ríos, y en el vaivén de sus trigales y viñedos; respira llamas en los Altos Hornos, de Vizcaya y Asturias, y en todas partes devana entre motores la madeja con que se trenzan los nervios vitales de su nacionalidad.

Bien se me alcanza que todas estas ideas se han expuesto ya muchas veces en discursos, artículos y comentarios de hispanoamericanismo. Lo que parece que no se ha dicho todavía, y conviene que se diga, es que la palabra "madre", que en América aplicamos a España, comienza a no tener otro significado que el meramente evocativo. La madre España murió, a mi juicio, con el Rey Don Carlos II; las naciones que hoy le sobreviven, inclusive el reino de Don Alfonso XIII, son todas simples hermanas, y, como tales, se deben unas a otras, no sólo mutuo cariño,

sino también mutuas consideraciones. Digo esto, porque en España suele mirarse con desvío la producción intelectual y artística de las Américas, no obstante haber ella avalorado y, sobre todo, rejuvenecido, la literatura contemporánea en forma que nadie puede ignorar.

No quiero poner punto a estas líneas preliminares sin hacer presente mi gratitud a todas las entidades y personas que nos prodigaron innumerables atenciones a mi compañero, el Dr. Pedro Sanz Mazuera, Jefe de la Oficina de Información y propaganda de Colombia, en España, y a mí; y, de manera especial, doy gracias a las directivas de los Ateneos de Bilbao y de San Sebastián, del Círculo Mercantil de Santander, de la Universidad de Salamanca y de esta ilustre casa de la Unión Ibero-Americana, de Madrid, por la gentilísima hospitalidad que nos dispensaron, así como a "El Liberal", "El Noticiero Bilbaíno", "La Gaceta del Norte", "Euzkady", "El Pueblo Vasco" y "La Tarde", de Bilbao; "La Noticia", "La Voz de Guipúzcoa", "El Pueblo Vasco" y "El País Vasco", de San Sebastián; "La Región", "El Diario Montañés", "El Faro", "La Voz de Cantabria" y "El Cantábrico", de Santander; "El Adelanto" y "La Gaceta Regional", de Salamanca, y "El Debate", "El Liberal", "El Sol", "El Imparcial" y "A B C", de Madrid, por los extensos y amables comentarios que dedicaron a nuestras conversaciones; a los Sres. Francisco Antonio Balcázar, Tomás Carasa, Miguel Rasch Isla, Walter Mc Lellan, Francisco Hervada y García Sampedro y Alfredo Gómez Jaime, funcionarios de Colombia en Bilbao, San Sebastián, Santander, Madrid, La Coruña y Vigo, respectivamente, por su colaboración, bien que, muy a mi pesar, hube de quedar mal en las dos últimas ciudades nombradas, por haber fallecido en Madrid el señor Ministro de Colombia cuando me preparaba a dictar en La Coruña una conferencia, y a todas las personas que me honraron con su asistencia, entre quienes debo destacar a los excelentísimos Sres. Marqués de Figueroa y Ramiro de Maeztu, Embajador este último de España ante la República Argentina; Presidentes de las Diputaciones provinciales de San Sebastián y de Santander; Alcaldes de aquellas dos ciudades y de Salamanca, y Rector y claustro de tan ilustre Universidad.

Vine a España, como ya dije, movido del amor que siempre le he profesado; y hoy, listo ya a abandonarla, después de haber recorrido, una a una, sus ricas comarcas, me complazco en manifestar, como lo ha hecho el poeta colombiano Mi-

guel Rasch Isla, que la realidad me ha resultado esta vez superior a lo que soñaba; hago mías, pues, al despedirme de España, estas palabras del poeta nombrado:

"Anhelo de mi infancia quimerista
fué conocer tus cármenes, España;
y hoy, que la gloria de tu sol me baña,
crece por tí mi devoción de artista.

Eres más bella que en los sueños vista
a plena luz de tu hermosura extraña;
el sueño miente y tu beldad no engaña,
sino que nos deslumbra y nos conquista.

Con yugo de balsámicas cadenas
atas las voluntades, y con fuerte
soplo de amor los corazones llenas.

Amor que triunfa de la misma muerte
y dora sombras y embellece penas.
¡Nada es morir después de conocerte!

Daniel Samper Ortega."

Pebetero de barro cocido. (Trabajo Chibcha.)

El arte indígena en Colombia se hallaba completamente vinculado a los asuntos religiosos, porque el celo de los conquistadores españoles por implantar a todo trance la fe católica, sumado a su codicia, acabó con los elementos donde hubiera podido estudiarse; apenas si se salvaron de la hecatombe contadas pictografías o algunos fetiches de diversa especie, que hoy se conocen con el nombre genérico de "tunjos". Sin embargo, a pesar del naufragio, todavía pueden apreciarse el primor e inteligencia de los orfebres precolombinos. El Museo Arqueológico de Madrid guarda, como su más preciada joya, una colección de objetos, conocida con el nombre de "Tesoro de los Quimbayas", con que el Gobierno de Colombia obsequió a la corona española en el del cuarto centenario del descubrimiento.

La ausencia de documentos y la fantasía—muy envidiable, por lo multiforme—de los primeros historiadores, dan lugar a que se atribuyan a los mansos chibchas de nuestra altiplanicie no sé cuántas ceremonias litúrgicas, en que aparecen bastante maltrechas sus inclinaciones a la piedad; quién hay que les cuelga, como un sambenito, la bárbara costumbre de abrir a niños vivos las entrañas y exponerlos al sol desde la cumbre de un cerro, para que el Dios de la luz los devorase; y quién, nos los presenta en desenfrenadas orgías, "a donde el que más fornicaciones e incestos cometiera era el más santo". Pero la moderna investigación se ha encargado de comprobar que, entre las tribus que a su llegada encontraron los españoles en América, la de los chibchas era tal vez la más austera y la menos belicosa y sanguinaria, bien que no por virtud, sino por miedo.

Como acontece en España con los celtas ante-romanos, no quedaron huellas que

permitan reconstruir su literatura, aunque en ambos casos se puede afirmar que la tuvieron; mas entresacando de las narraciones de que hablo aquello en que casi todos los historiadores se hallan conformes, no es posible reconstruir algunas leyendas,

J. M. Zamora: Paisaje.

en que lo sobrenatural y la realidad se entrelazan y confunden. La de Bochica, por ejemplo, es una vaga reminiscencia de lo que en el pueblo hebreo representaron Moisés y los profetas, en el árabe Mahoma y en el indio Buda. Bochica es un ser que ocupa preeminente lugar en la teogonía chibcha; hubo un tiempo en que la sábana de Bogotá se vió inundada hasta la cima de los montes, tal vez en castigo del alejamiento que sus moradores tuvieron de Chiminigagua, dios en cuyo seno se halla encerrada la luz desde los comienzos del mundo. De improviso, como está narrado en la Biblia, la piedad divina tiende en el horizonte el arco multicolor de la paz, y sobre él se presenta el que ahora es dios Bochica, y—antes de haber ascendido al cielo, mil

R. Gómez Campuzano: En la Sabana de Bogotá.

lunas atrás—no fué sino errabundo predicador; con la vara mágica señala un punto en el espacio; las rocas, entonces, pártense en dos bandos, como las aguas del mar Rojo, y la líquida mole, que—cual un diamante en la cúspide de la corona—remataba los Andes, se precipita tronante por el abismo del Tequendama; es así como el pueblo chibcha torna a la gracia de sus dioses y al cultivo de la abnegada heredad.

En el curso de algunas investigaciones dentro de los archivos españoles, he tropezado con la relación que del primer viaje a la Sábana de Bogotá hace uno de los compañeros del Mariscal D. Gonzalo Jiménez de Quesada, su descubridor. Según ella, los indios, unas veces, enterraban a los muertos en compañía de sus mujeres y esclavos vivos, o los arrojaban al fondo de lagunas sagradas, y otras, después de embalsamados, los abandonaban, sobre camillas, en bosques destinados al objeto, "de lo cual, después, no han sacado poco provecho los españoles".

En las entrañas, y en derredor del cadáver, ponían los ídolos que habían pertenecido al difunto, ídolos que contenían esmeraldas y otras piedras finas, y que los conquistadores fundieron para extraer las piedras y utilizar el oro. Tan sólo en el primer reparto que Jiménez de Quesada hizo entre sus soldados se mencionan siete mil esmeraldas, cifra que da la medida de los dioses y amuletos desaparecidos en todo el tiempo que duró la conquista.

Análoga suerte corrieron los adoratorios y los templos, que, luego de saquearlos, eran entregados a las llamas, así como los alcázares de los señores primitivos, "alcázares que eran de la más extraña hechura, con muchas cercas alrededor, de la manera que acá pintan el laberinto de Troya, y adornados *con muy grandes molduras de bulto y también con pinturas*".

Perdóneseme una observación, fuera de lugar, pero muy curiosa: la superioridad de Bogotá, nombre del cacique, y hoy de la ciudad allí existente, era desde entonces manifiesta, pues el citado expedicionario afirma que el señor de la tribu es más poderoso que sus vecinos, "*y aun de mejor gente*", y que "*las mujeres tienen buena hechura de rostros y mejor figurados, sin aquella manera y desgracia de las otras indias que habemos visto, ni aun son en la color tan morenas como las de otras partes de indias*".

El arte chibcha, sin alcanzar la altura del azteca ni del inca, les sigue en importancia, según se advierte en las telas ornadas con dibujos geométricos, en las obras

Rómulo Rozo: Ternura india.

de cerámica y alfarería y en los trabajos de oro, en los que aventaja, en esto sí notablemente, a todas las restantes tribus americanas. Prueba de ello son los precios que alcanzan en Europa tales objetos, superiores en muchos miles de francos a los que provienen de otras regiones del Continente. La conquista no destruyó ese arte, sin que hubiera alcanzado a influir en él; esta observación, que por primera vez se hace, y que es muy importante, pues acredita la sensibilidad del pueblo chibcha y sus facultades asimilativas, está comprobada con el reciente descubrimiento de tunjos, donde se reproduce el caballo, animal tan exótico allí, que los conquistadores, con sólo un centenar de jinetes, ponían en fuga ejércitos de varios miles de indios.

La enorme distancia del mar, a que se halla situada, hizo de Bogotá, durante mucho tiempo, una especie de remanso, a donde no llegaban ni los espasmos ni las sacudidas del mundo. En la época de la colonia, mientras aquí se desangraban las naciones, disputándose los tronos de los pequeños reinos italianos, en Bogotá, los oidores de la Real Audiencia y las dignidades de la Catedral, se iban a las manos por si este debía situarse más arriba o más abajo en las funciones de iglesia, o por si aquél podía o no sentarse en escaño con espaldar. D. Francisco de Vergara, regente del Tribunal de Cuentas, empleó varios años y toda su fortuna, que era grande, en un pleito contra el Consejo de Indias, que le negó el permiso de usar bastón para salir a la calle; y el presbítero D. Luis de Salazar envió ante el Rey a un hermano suyo, que debía gastar en el viaje seis meses y muchos doblones, a reclamar porque se hubiera nombrado Tesorero del Cabildo eclesiástico a D. Antonio Osorio, que, a su juicio, no era de buena familia. La llegada de un correo de las Españas se festejaba con toros y luminarias; como que hubo año en que no arribó buque ninguno a Cartagena; la proclamación del Rey Don Luis I tuvo lugar en Santafé, al propio tiempo con sus exequias en Madrid.

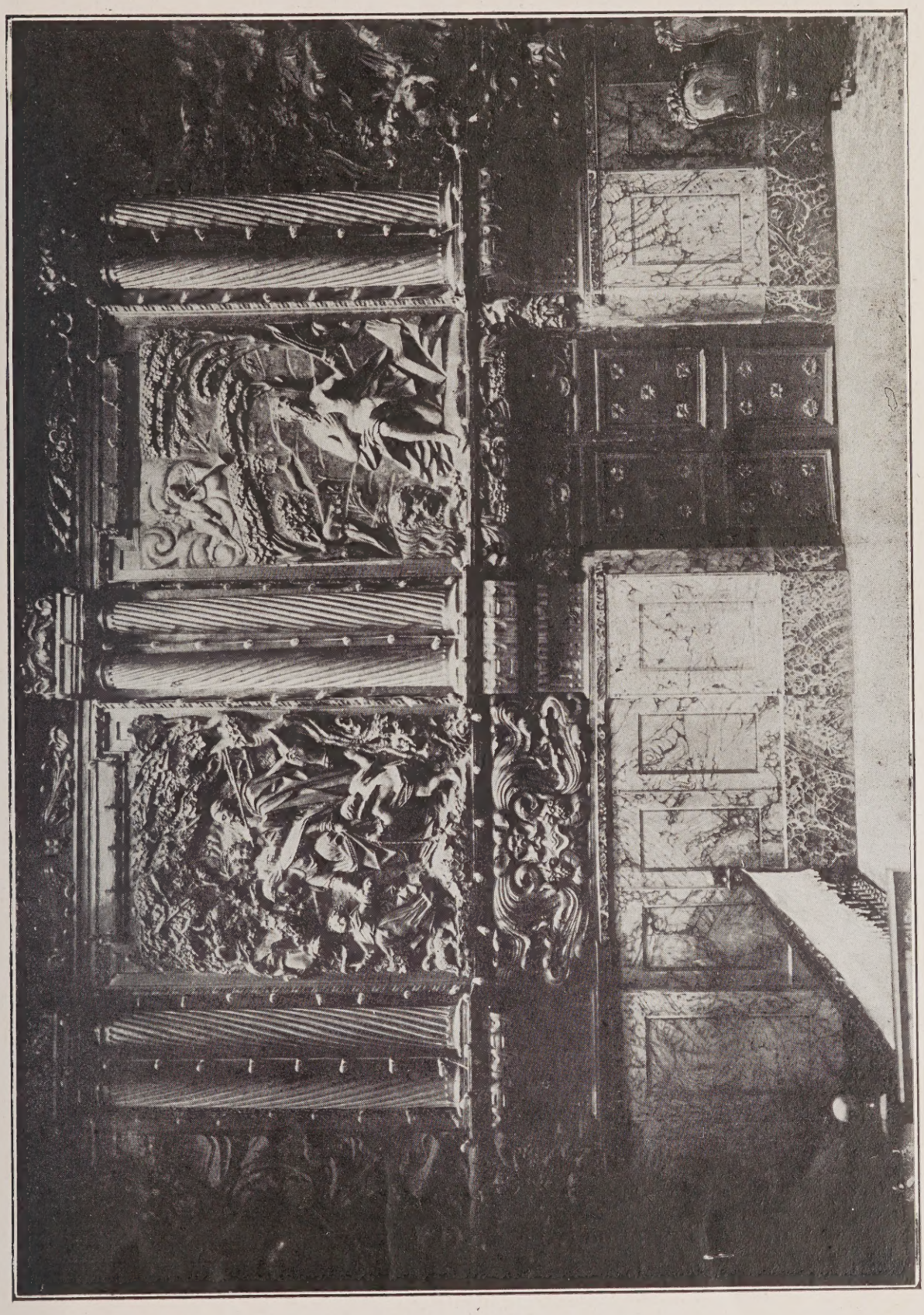
Después de la independencia, y pasados los primeros desahogos de los rencores nacidos al calor de la lucha, los tranquilos santafereños se dedicaron, interrumpiendo aquella paz con alguna que otra escaramuza, a instruirse para ahuyentar el fastidio o para sostener las polémicas en que entonces se ocupaban los hombres de es-

Ramón Torres Méndez: La buena montada.

tado, una de las cuales versó sobre si San Pedro estuvo o no estuvo en Roma, y que, acaso, es el antecedente remoto de cierta historia de los Papas, escrita años después por un personaje que nunca salió de Santafé. Todos estos datos explican el que los aficionados a las letras llegasen a ser formidables eruditos o a dominar con primor el género que cultivaron y la existencia de pintores de un valor efectivo, desde la época en que aún se hallaba la ciudad en su infancia. Vienen, por tanto, de muy atrás los cuadros místicos, los retablos y esculturas, que continúan noblemente la tradición de los imagineros españoles del Siglo de oro, cuyo arte define tan admirablemente Bertrand: "Escultura que utiliza la madera con evidente predilección; la madera policromada, porque esta materia, que puede hacerse florecer con más facilidad que el mármol y la piedra, se ajusta mejor a la expresión de todo aquello que tiene de violento y apasionado el cuerpo humano, de los paroxismos del placer y del dolor, de los más altos y delicados movimientos del alma. Esta clase de escultura, que parte de la más trivial realidad y llega hasta el éxtasis, de la cual puede asegurarse que no se preocupa de la forma para conmover las almas; como que se ajusta a cierta estética católica que tiene más de ascética que de ortodoxa." En efecto; nuestros escultores coloniales alcanzan un realismo cruel, casi repugnante por su misma veracidad, y que es tan español como el de la Península. Ni podría ser de otro modo; desde luego que con los conquistadores nos llegó la concepción dolorosa y lúgubre que aquí se tuvo de Dios cuando, para afianzar a los hombres en su fe, no se les hablaba en el lenguaje del amor, sino en el de la tortura, del terror y de la tragedia. Aquellos eran tiempos de lucha constante, de reciedumbre material y moral, de aventureros y de santos.

En Colombia, por otra parte, no disponían nuestros artistas de mármol ni de bronce, en tanto que la madera es de una variedad y riqueza extraordinarias, y se avalora, hasta convertirse en material admirable y rico, con la inteligente aplicación del color. De ahí que nuestra producción estatuaria de este género en la colonia se multiplicara día por día, no obstante implicar un gasto muy importante de paciencia; pero esta virtud no faltó jamás a nuestros artistas, como lo prueba el sagrario que en la capilla de este nombre construyó D. Rafael Franco, obra que tardó en concluir el artista veintitrés años.

La escultura religiosa tuvo en su favor, desde luego, la enseñanza directa y más objetiva—por decirlo así—de los modelos españoles, que llevaron consigo las co-



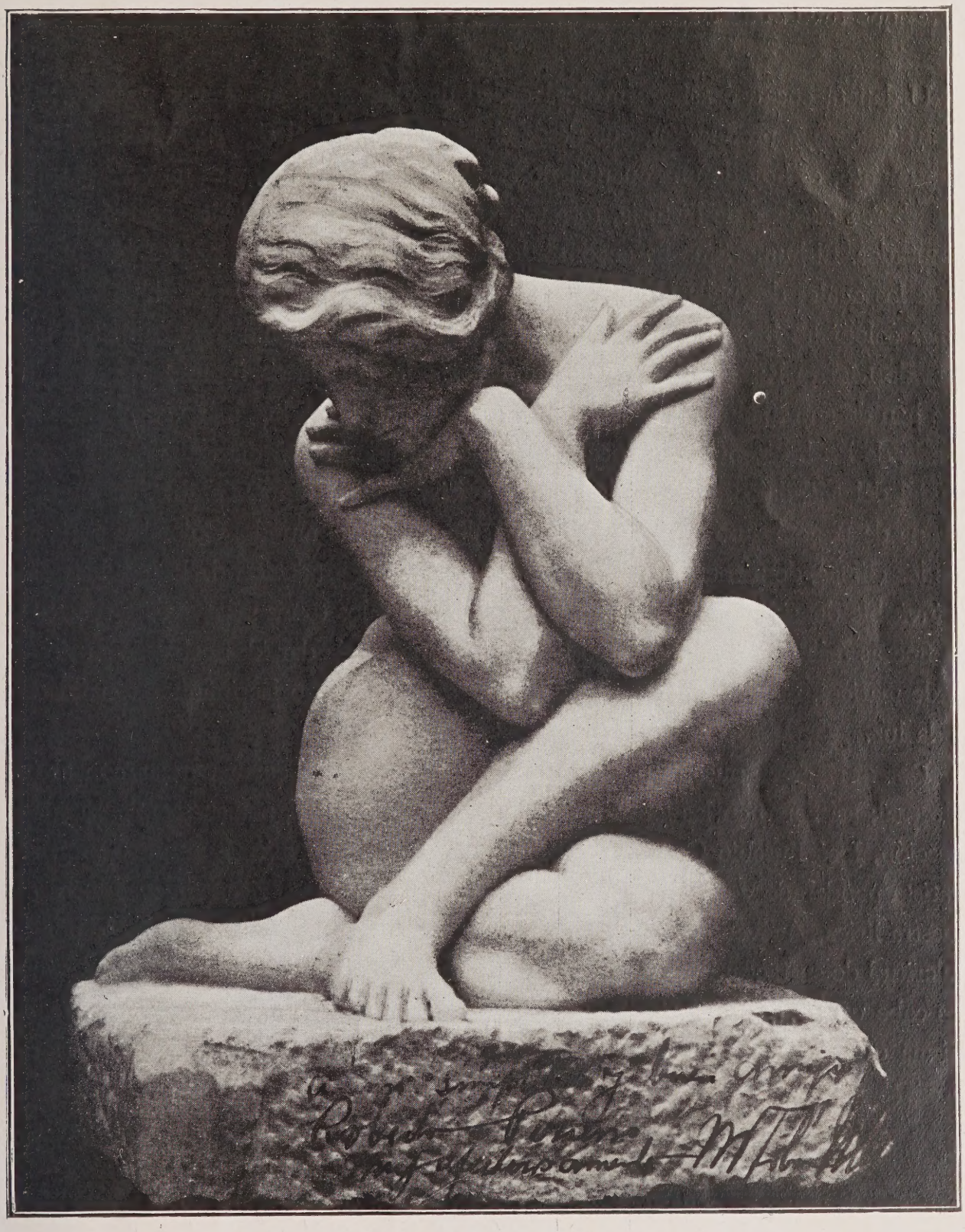
Fray Gregorio Guiral y Miranda: Retablo del altar mayor.—Iglesia de San Francisco.—Bogotá.

munidades o importaron los fundadores de iglesias y capellanías. No así la pintura; pues, aunque los virreyes y otros personajes de campanillas llevaron allí cuadros de mérito, la simple contemplación de una obra ya terminada no enseña lo bastante la técnica de su ejecución. Pero estas pocas enseñanzas se aprovecharon hasta donde fué posible, y, apoyándose en ellas la iniciativa individual, se abrió un ancho panorama. De aquí el que la pintura en Colombia haya sido cultivada con toda constancia, al paso que la escultura sufre lo que podríamos llamar un colapso, del cual no reacciona hasta los primeros años de este siglo, bajo el cincel de Marco Tobón Mejía, artista que ha obtenido en París altas y merecidas recompensas, y con Rómulo Rozo, quien, con imaginación de vidente, se remonta hasta las fuentes indígenas para plasmar obras de una originalidad y atrevimiento que asombran.

Entre los pintores más o menos primitivos, descuella, en primer término, Gregorio Vázquez de Arce y Ceballos, evocado con maestría por Roberto Pizano, el más fervoroso e ilustre de nuestros artistas. Vázquez tiene, como colorista, una sensibilidad tan grande, que Murillo mismo llega pocas veces a ella. Su obra es casi toda religiosa, porque el medio de la época, allá como aquí, no pedía otro género; pero, entre sus imágenes piadosas, se destacan algunas de tan fuerte realismo, como el de su "Retrato de Don Enrique de Caldas Barbosa", digno de figurar entre las obras de los buenos maestros universales. La técnica de este pintor no puede ser más sencilla y robusta.

Aparecen, después de Vázquez, la pintura de plantas, consecuencia de la expedición botánica realizada por los sabios Humboldt y Bonpland; la miniatura, a veces muy delicada y siempre valiosa como documento, y los grabados en madera, ingenuos unas y otros, pero bellos, por su misma ingenuidad. Y luego se presenta un pintor, Ramón Torres Méndez, que merecía estudiarse aparte, porque, dentro de una admirable espontaneidad, aborda directamente del natural temas en que trata las costumbres con vivo espíritu observador, para trasladarlas a cuadros llenos de movimiento, de gracia y de frescura.

Torres Méndez tiene una importancia transcendental, porque marcó al arte colombiano el camino de crear espontánea y sinceramente, inspirándose en su propio medio, camino tan amplio y atractivo como el de refinarse en estos países cultos, y que fué el que siguió otro de nuestros grandes artistas, Alberto Urdaneta, quien, después de recorrer con atención e inteligencia este viejo mundo, llevó a su patria



Tobón Mejía: El Silencio (mármol).

los métodos y elementos con que organizó una de las primeras escuelas de Bellas Artes que tuvo América.

Urdaneta encauzó así, de manera ordenada y sistemática, a varias generaciones de artistas, cuya producción, que desde el último tercio del siglo pasado ha venido en aumento, es hoy de una cuantía no sospechada en Europa, y es muy varia, porque abarca cuadros de historia, retratos, obras de género y paisajes, correctamente ejecutados. El humorismo ha encontrado también en el dibujo traviesos intérpretes, entre los cuales descuella alguno por su elegancia y precisión insuperables. Los rincones coloniales han encontrado un maestro, que los representa con cariño, a la manera de Martín Rico o de Haes. Y en cuanto a los paisajistas, innumerables son los que han desentrañado de los cielos del trópico la milagrosa luz, más viva y radiante que la de los horizontes andaluces, o el color de infinitos matices que embellece el caudal del Magdalena, o la melancolía suavísima, dulce, imponderable, de nuestra sábana de Bogotá, uno de los rincones más hermosos del mundo. Colombia tiene todos los climas, de manera que en su vegetación, en la gradación de la luz, hasta en la invisible densidad del ambiente, el color presenta los tonos más vivos y fuertes y las finezas más imperceptibles. No hay paleta que pueda dar idea cabal de su riqueza de matices, ni pincel capaz de aprisionar sobre el lienzo las infinitas tonalidades de la luz.

De aquí que en nuestra patria el movimiento pictórico corra parejas con el intelectual; así como en las letras del siglo pasado se destaca, por su templanza y corrección, José Eusebio Caro, en la pintura se coloca a la misma altura Garay, retratista ponderado y clásico; y mientras Guillermo Valencia riega nuevas luces en nuestra lírica, Acevedo Bernal iguala a Valencia, desde su campo pictórico, por la pulcritud de su factura y por su exquisita sensibilidad. ¡Pero si en todos los géneros cabe un paralelo! ¿Qué otra musa inspira los dibujos de Rendón sino aquella misma que inspiró a Joaquín Pablo Posada y a César Conto, dos repentistas famosos?

Gregorio Vázquez: La Virgen dando el pecho al Niño.
(Del libro de R. Pizano sobre Vázquez, con autorización del autor.)

La música nacional es un venero riquísimo que, al decir de su más ferviente propagandista, se halla todavía en el caso de muchos yacimientos de petróleo. Solo que para obtener el aceite basta perforar la tierra, en tanto que para recoger los aires o melodías indígenas es preciso esclarecer antes muchos puntos meramente arqueológicos. Sabemos que hubo, cuando menos, música y poesía religiosas por las narraciones de los primeros historiadores, mas nos hallamos ante un muro infranqueable, que es la carencia de documentación precolombina. Nuestra música nacional se halla en la misma situación que la griega antigua: a la vista están los instrumentos que aseguran que existió; pero, ¿cómo desenterrarla del olvido, si no ha llegado hasta nosotros una sola nota escrita, si ni aun podemos leer claves relativamente modernas, como las que contienen la notación de las cántigas del Rey Sabio?

Nuestros más populares medios de expresión musical son el *tiple,* que hace mucho tiempo sentó carta de naturaleza en Colombia, y que heredamos de los árabes-musulmanes, por intermedio de España, y el capador, derivado del castrapuercas peninsular. En algunas partes perdura el caramillo, cuyo dulce tañido sugiere el recuerdo de indios desnudos, encantadores de serpientes.

Es imposible, como ya he dicho, remontarnos hasta los orígenes de la música en la edad precolombina. Pero ya la encontramos a la llegada de los conquistadores.

Los primeros españoles nos hablan de diversos instrumentos, de pregoneros y cantos de guerra y de sacrificios, para cada uno de los cuales "tienen apropiadas oraciones, que dicen cantadas. Antes que vaya un señor a la guerra, están los unos y los otros (guerreros) un mes en los campos, a la puerta de los templos, cantando de noche y de día, si no son pocas horas que hurtan para el comer y el dormir, en los cuales cantos están rogando al sol y a la luna, y a los otros ídolos a quienes adoran, que les den la victoria; y si vienen victoriosos, para dar gracias de la victoria, están de la mesma manera otros ciertos días; y si vienen desbaratados, lo mesmo, cantando, como en lamentación su desbarato".

Acaso sea preciso buscar el origen de nuestra música en los innúmeros e incontables maestros alados de nuestra selva americana, en sus cascadas maravillosas, que, entre nieblas y truenos, se despeñan en profundos abismos, o en nuestros mismos bosques, donde juncos y palmeras suenan de tan vario modo al impulso del viento, como bellamente lo describe el poeta José Eustasio Rivera:

Gregorio Vázquez: Retrato de D. Enrique de Caldas Barbosa.
(Del libro de R. Pizano sobre Vázquez, con autorización del autor.)

La selva, de anchas cúpulas, al sinfónico giro
de los vientos, preludia sus grandiosos maitines;
y al gemir de dos ramas, como finos violines,
lanza la móvil fronda su profundo suspiro.

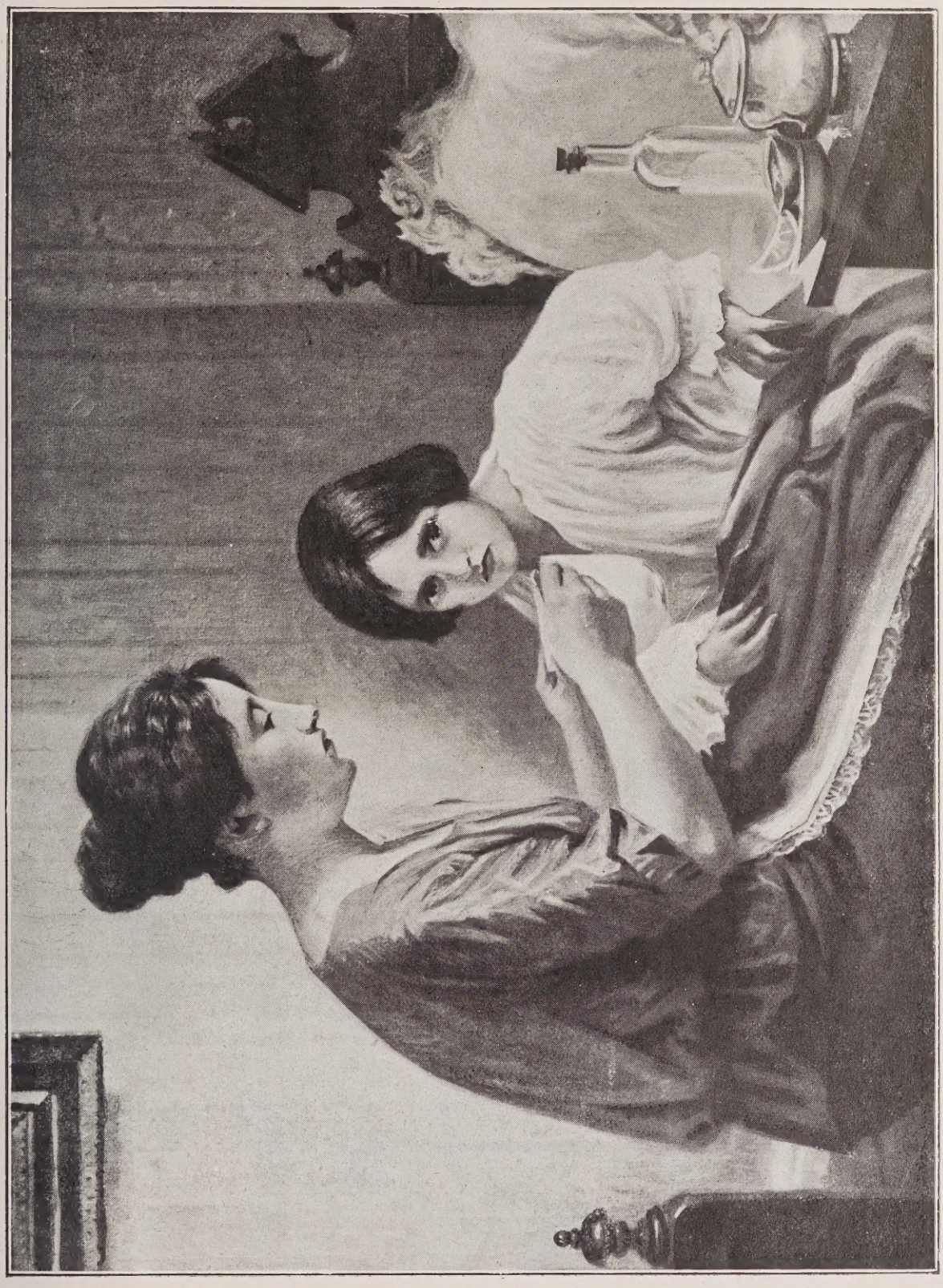
Mansas voces se arrullan en oculto retiro;
los cañales conciertan moribundos flautines,
y al mecerse del cámbulo, florecido en carmines,
entra por las marañas una luz de zafiro.

Curvada en el espasmo musical, la palmera
vibra sus abanicos en el aura ligera;
mas de pronto un gran trémolo de orquestados concentos

rompe las vainilleras... ¡y con grave arrogancia
el follaje, embriagado con su propia fragancia,
como un león, revuelve la melena en los vientos.

Lo que sí puede afirmarse respecto de los antecedentes de nuestra música, es que, de la misma manera que a España pasan, con los invasores árabes, los cantares que éstos aprendieron de los rapsodas y tañedores de barbito bizantinos y griegos, cantares que dejan para siempre un sedimento inextinguible en el fondo de la música española, sobre todo en la andaluza, así en Colombia se mezclan a las melodías indígenas los ayes melancólicos de los esclavos que los encomenderos importaron para beneficiar las minas e ingenios de azúcar.

Cinco son los aires, caracterizados allá en forma tan neta como lo están aquí el *cante jondo* flamenco o la *jota* de Aragón: el *torbellino,* danza con que las clases populares festejan, bailando ante los cadáveres, llevados en alto, el sepelio de los párvulos; el *pasillo,* que es como una derivación del vals, y que hoy es moda en la América sajona; el *guatecano,* salmodia áspera y quejumbrosa, cuya estructura determina el objeto mismo a que se destina, que es aliviar la andadura por caminos fragosos, bajo el peso de la carga; el *bunde,* circunscrito a algunos climas cálidos, baile que solía resultar peligroso cuando, al calor de los licores, se apagaban las luces



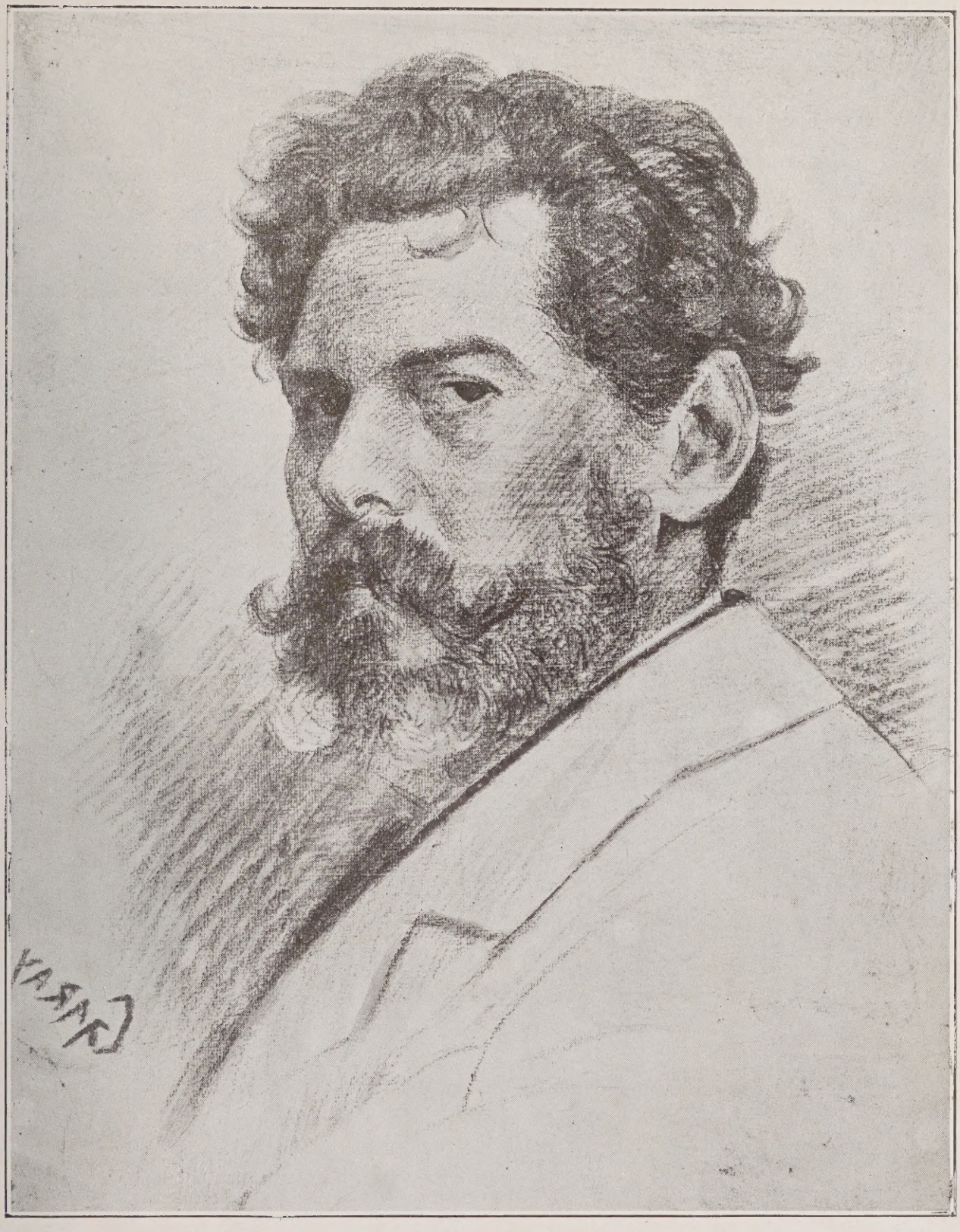
C. *Leudo:* El niño enfermo.

y se encendían los ánimos, y que resulta pudibundo, y hasta ñoño, junto a los que hoy se bailan al compás de unos cuantos cacharros, que expresan la delicadeza musical de las modernas monarquías industriales.

Finalmente, tenemos el *bambuco,* extendido en todo el territorio de la nación, y que es el motivo que el sentimiento colectivo prefiere para manifestarse. En el bambuco hay que admirar, ante todo, la extraña distribución de los tiempos, las pausas, los ligados, de donde resulta que, siendo un aire alegre, infunde un sentimiento de tristeza. La letra del bambuco pertenece casi siempre a la anónima musa popular; en él perduran los rumores de la selva nativa y los lamentos de las tribus ya extinguidas; porque así como la vida salta de una en otra generación, semejante a una chispa viajera, el eco de una tristeza permanece sobre la Humanidad a todo lo largo de las edades. Uno de nuestros más delicados escritores nos da la siguiente definición literaria del bambuco: "Las primeras tentativas del amor que sueña, las primeras tristezas, la alegría del encuentro, el atrevimiento de un beso, el dolor de una despedida, la vuelta a la patria, el canto del hogar americano a la sombra de un gualanday y en una noche de luna, todo eso se deletrea y se suspira en un bambuco."

Hasta aquí D. José María Vergara y Vergara, que, al definir nuestra canción popular, define también las de todos los países; como que en cualquier latitud los hombres vinculamos siempre nuestras emociones y recuerdos a los cantares que nos arrullaron cuando niños y nos hicieron compañía en la hora inefable del amor.

En las postrimerías del siglo pasado se intentaron los primeros ensayos de ópera, uno de ellos sobre cierto argumento que, aunque escrito por nuestro gran poeta Rafael Pombo, versa sobre la historia de los amores de D. Rodrigo y la Cava; estos ensayos pueden considerarse como el punto inicial de una reacción contra el movimiento popular y en favor de los clásicos. La tendencia en este sentido es muy marcada, y se explica, por la cultura musical que hay en Colombia; los maestros universales se dan a conocer a un tiempo con el abecedario, especialmente en los colegios de niñas; el pueblo tiene buen oído y mejor retentiva, y todas estas circunstancias han contribuído a la formación de temperamentos refinados, como lo atestiguarán todos los artistas que tuvieron la buena suerte de ir a Colombia en los últimos diez años, sobre todo, y antes que perdiera el país una de sus mejores joyas artísticas y sociales: doña Lucía Gutiérrez de Uribe Holguín. El que fué su compañero en el hogar, y que es también convencido profesor, compuso, en memoria



Garay: Autorretrato (dibujo).

de ella, una misa de difuntos, que, con otros recientes ensayos suyos y de otro grupo de artistas, deseosos de recoger en forma sinfónica los aires nativos, permiten al país exhibir hoy con urgullo su producción musical.

Muchas son, en el campo de las letras, las actividades que se han desplegado en la Atenas sudamericana; y si hablo de la ciudad, es porque así comprendo al país entero, ya que ningún prestigio puede considerarse en Colombia bien cimentado mientras no recibe la consagración de Bogotá, que niega siempre su aplauso a novedades de relumbrón. Ninguna inclinación hacia las nuevas rutas de la belleza halló en nuestro país acogida inconsciente ni rebaños de prosélitos como en otros lugares, sin que ello quiera decir que Bogotá se muestre hermética a nobles inquietudes, sino simplemente, que para juzgar al que llega, recuerda una de las más sabias tradiciones chibchas: la de llevar a cuestas en las batallas los cadáveres de los caudillos muertos por su arrojo en guerras pasadas, "para dar a entender a los otros—dice el narrador—que peleen como aquellos pelearon en su tiempo: pareciéndoles que su vista les ha de poner vergüenza para hacer su deber". Los que ignoran que para desdeñar lo añejo preciso es superarlo, no pueden entender cómo de nuestra placentera Sábana de Bogotá, tan admirablemente descrita por Tomás Rueda Vargas, parten muchos caminos hacia los dominios del ensueño: uno de ellos, el que trazó Silva, había de servir a Nervo y a Darío para traer a España misma los nuevos resplandores que iluminan hoy todos los ámbitos de la poesía española.

"Ninguna de las repúblicas hispanoamericanas—escribe D. Juan Valera—puede presentar un grupo de líricos igual al de Colombia, con la ventaja de tener cada uno su propio carácter y conservar la independencia de su musa." Y al lado de los líricos de que habla el escritor cordobés, descuellan en nuestro horizonte literario, como los neveros de nuestras montañas, hombres de la magnitud y brillantez de Francisco José de Caldas, Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, honra de la raza latina. Este último, en especial, impone su autoridad indiscutible en todo el mundo hispanoparlante.

Resulta, pues, muy difícil abarcar en pocas palabras un panorama tan extenso, que ya, en la más remota distancia, exhibe, por ejemplo, a la madre Josefa del Cas-

Eugenio Zerda: La canción errante.

tillo y Guevara, apellidada la Santa Teresa colombiana. Y, en verdad, que no es aventurada la comparación, sobre todo si se tiene en cuenta el ambiente en que una y otra florecieron. El de nuestra madre Castillo es el mismo caso de los pintores europeos contemporáneos de Velázquez, que tuvieron todos los medios conocidos entonces para formar su personalidad artística, y nuestro pintor bogotano Gregorio Vásquez Ceballos, genio encarcelado en una ciudad apenas naciente, adonde no llegaba la marea del pensamiento universal, y que, para formarse a sí mismo, empezó por crear lo que ya lo había sido en otras partes. La madre Castillo bastaría por sí sola para colmar, con sus "Confesiones" y sus "Sentimientos Espirituales", tres siglos, que, en otras colonias españolas donde no surge una Sor Juana Inés de la Cruz, un Alonso de Ercilla o un Garcilaso de la Vega, corren, en lo general, tan desteñidos y opacos; porque la dulce monja colombiana, que desde el último rincón de los Andes eleva el corazón a Dios en expresiones de una inspiración ardiente, y aun revestidas de cierta gala literaria, es toda una poetisa de grandes bríos. Es verdad que nuestra madre Castillo se inspira en la doctora de Avila, y aun diré que la sigue en muchos puntos: como esta última, si hemos de dar por suyo aquel soneto, de dudosa paternidad, en que, resumiendo la altivez sin segundo y el catolicismo acendrado de los castellanos del Siglo de oro, exclama, en un brote de arrogancia, frente a su mismo Dios:

"No tienes que me dar porque te quiera;
porque, aunque cuanto espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera."

Nuestra madre Castillo—digo—suspira llevada del más inspirado y humano amor al Cordero: "¡Qué más premio de trabajos, afrentas y desprecios que ser tuya, Señor mío, y haberme nombrado esposa tuya, aunque después no me hubieras de dar la gloria!"

Pero la santa española y la hermosa doncella, que dejó una estela de talento y de gracia en la corte virreinal del Marqués de Mancera, no llegan a los extremos de ternura, profundamente femeninos, a que llegó la monja de Tunja:

Ramón Torres Méndez: Los romeros de la Virgen.

"El habla delicada
del amante que estimo,
miel y leche destila
entre rosas y lirios.
Tan suave se introduce
su delicado silbo,
que duda el corazón
si es el corazón mismo.
Tan fuerte y tan sonoro
es su aliento divino,
que resucita muertos
y despierta dormidos.
¿Quién pudo hacer, ¡ay, cielo!,
temer a mi querido,
que huye el aliento y queda
en un mortal deliquio?"

¿Verdad que estas palabras traen a la memoria el eco de aquellas otras que hemos leído en la "Noche obscura del alma" o en el "Cántico Espiritual", del avileño Juan Yepes y Alvarez?

Bien quisiera recordar, además del de la madre Castillo, muchos nombres que, por igual, pertenecen a España y a Colombia, desde el conquistador D. Gonzalo Jiménez de Quesada, el más sufrido de todos, y cuya personalidad, aunque no se presente aparatosamente envuelta en llamas, como la de Cortés, cifra mejor las cualidades austeras de la raza. Quesada representa el valor constante y silencioso, tan necesario para rendir, después de un año de fatigas, un enemigo hosco, traidor y poderoso como es la selva tropical; además, comparte con las faenas de la lucha el cultivo de las letras, a que le inclina su condición de hombre docto; defiende a su rey así a golpes de tizona como a rasgos de péñola; narra con sencillez las aventuras de su expedición, y, por último, español y cristiano hasta la fibra más recóndita, escribe sermones en loor de Nuestra Señora.

Del licenciado D. Gonzalo Jiménez de Quesada al cubano D. Manuel del Socorro Rodríguez, fundador de la Biblioteca Real y del periodismo en el Nuevo Rei-

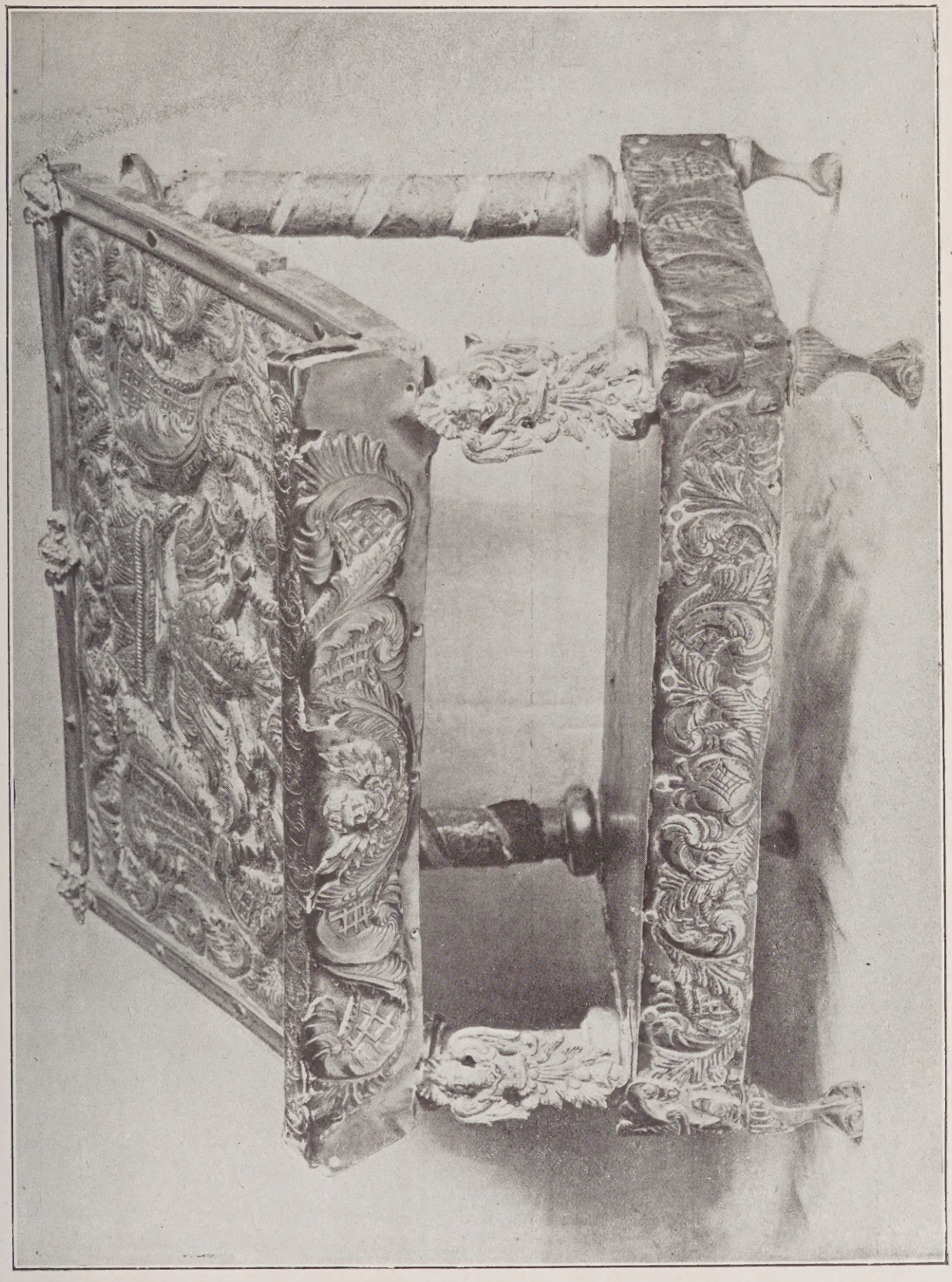
C. Leudo: La mantilla bogotana.

no, son muchos los letrados que ora se limitan a exteriorizar íntimos sentires, ora realizan obras de tanto aliento como las "Elegías de Varones Ilustres de Indias". Pero, en la imposibilidad de recordarlos a todos, anotaré tan sólo que hacia la época de la Independencia se realizan los primeros esfuerzos colectivos. En el "Semanario de la Nueva Granada" brillan los talentos de unos cuantos escritores, encabezados por Mutis y por Caldas.

Y ya que hablo del sabio ilustre, de quien dice Menéndez y Pelayo que fué "víctima, nunca bastante deplorada, de la ignorante ferocidad de un soldado, a quien, en mala hora, confió España la delicada empresa de la pacificación de sus colonias ultramarinas", séame dado expresar, haciéndome intérprete de un sentimiento unánime en Colombia, la gratitud que allá profesamos a S. M. el Rey Don Alfonso XIII, a D. Francisco Rodríguez Marín, a doña Blanca de los Ríos de Lampérez y al escultor D. Jacinto Higueras, lo mismo que a toda la nación española, que, en el más augusto templo de su cultura, tuvo la gallardía de esculpir en bronce las siguientes palabras, índice de una grandeza de alma, que a España la enaltece tanto como a nosotros nos conmueve: "PERPETUO DESAGRAVIO DE LA MADRE ESPAÑA A LA MEMORIA DEL INMORTAL NEOGRANADINO FRANCISCO JOSE DE CALDAS."

Comparable en importancia al "Semanario del Nuevo Reino de Granada", aparece después "El Repertorio Colombiano", del cual dice también Menéndez y Pelayo que es la mejor revista del nuevo mundo; las artes gráficas reciben un poderoso impulso en el "Papel Periódico Ilustrado", que dirige Alberto Urdaneta, de quien hablé al referirme a la pintura; el "Neo Granadino", donde aparecen las primeras litografías; "Colombia Ilustrada"; y en este siglo, "El Gráfico" y "Cromos". Al lado de estas clases de publicaciones, en la infancia del periodismo en Colombia surgen numerosas de carácter literario, combativo o sinmplemente didáctico. Entre éstas, recordaré, por curiosa, cierta hojilla, donde un sacerdote, que murió en olor de santidad, publicaba por entregas sus buenos consejos; influído, acaso, por el ejemplo de otro religioso peninsular, que un siglo antes dió a la luz, en Madrid, un libro titulado "Ladridos evangélicos del perro, dados por el venerable padre Fray Francisco de Posadas", nuestro doctor Margallo eligió para su periódico un nombre simbólico y espantable: "La espada de Holofernes".

Volviendo al "Repertorio Colombiano", es preciso confesar que acaso fué en esa



(*Anónimo*): Facistol en plata repujada. (Epoca de la Colonia.)

tribuna de templanza y de cultura, donde por primera vez en América el comentario político, que en su primera época corrió a cargo de una mente equilibrada, abandonó las conveniencias de partido, para inspirarse sólo en altos ideales patrios. Desde entonces, el periodismo en Colombia avanzó a pasos rápidos y firmes, hasta convertirse, para orgullo nuestro, en una Prensa bien servida, seria y, sobre todo, de las más puras del mundo: en Colombia no existe la más mínima ni disimulada mordaza para la libre expresión de todas las ideas, y una campaña de Prensa derriba un Gobierno, sin que se produzca en el país el menor desorden ni sufra la Constitución el más leve desacato; la historia contemporánea presenta un hermoso ejemplo de lo que digo. Por fortuna, y con justicia, en mi país no resulta metafórico denominar al periodismo "el cuarto poder", y en este ramo creo que, aunque somos un pueblo joven, podemos enseñar más de lo que se piensa a casi todas las viejas naciones.

Debo mencionar ahora la revista literaria que se llamó "El Mosaico", atalaya desde donde se contemplan el pasado y el presente de todo nuestro movimiento intelectual. Para dar idea de su alcance, diremos que en ella se publicaron, antes que en España, originales de mucha monta, como "El Tren Expreso", de D. Ramón de Campoamor. En torno a esta revista, se advierte el primer grupo, verdaderamente homogéneo, de escritores colombianos; las tendencias pueden ser varias, pero el eje sobre el cual giran es el mismo; por esta razón, fraternizan allí pensadores como Salvador Camacho Roldán o Miguel Samper, el espíritu festivo de Marroquín y de Carrasquilla y el sentimiento purísimo de Vergara y de Isaacs. Vergara se destaca entre todos, porque es el entusiasmo, que todo lo anima; a él se debió el paso más transcendental que se ha dado en guarda de la integridad del idioma: la fundación de las academias americanas correspondientes de la Real Española, obtenida por conducto de Hartzenbusch y Campoamor.

Antes del "Mosaico", ostenta Colombia muchos luminares en el cielo de sus letras, pero no muestra todavía una constelación; en los albores de nuestra vida independiente, además de los sabios Caldas y Mutis, rutilan José Eusebio Caro, Julio Arboleda y José Joaquín Ortiz. En las tertulias literarias del "Mosaico", a donde ya no llegan los ecos del clarín guerrero, hay unidad, no solamente en el esfuerzo, sino también en el fin que se persigue: hacer literatura nacional. De aquellas prensas van saliendo géneros tan antagónicos en la forma como "La Manuela", novela costumbrista, de D. Eugenio Díaz, y el delicado poema, en prosa, de Jorge Isaacs,

(*Anónimo*): Cubierta de facistol repujada en plata.

traducido hoy a todos los idiomas, y que lleva por título el más hermoso y adorable nombre de mujer, y, sin embargo, el mismo espíritu anima a Díaz y a Isaacs: exaltar las bellezas naturales. No obstante que el ya mentado D. José María Vergara y Vergara recogió de la tumba de Chateubriand su primoroso "Un manojito de yerba" y tomó de Trueba la clásica seguidilla española que usó el vate vizcaíno en sus cantares, y que Zorrilla y Núñez de Arce influyen nuestra producción de la época; esa producción es la más auténtica y original que haya dado la literatura colombiana hasta el presente. Isaacs, con sus versos al "Río Moro", aparta las primeras malezas de una selva que, andando los años, había de recorrer hasta lo más recóndito José Eustasio Rivera; Gutiérrez González señala el vasto campo de sus propias montañas a los novelistas antioqueños, que después producirán "Entrañas de Niño", "Madre" y "Guayabo Negro".

El "Mosaico" no se limita a la poesía, el género costumbrista y la novela; también resulta favorecido el teatro, pues D. José Manuel Marroquín se encarga de conservar en familia el fuego encendido por Vargas Tejada en los comienzos del siglo, para que, al empezar el siguiente, lo revivan con brío los que hoy lo tienen en sus manos. La castiza tradición de las representaciones familiares surtió para nuestra dramática los efectos que para la cultura en general surtieron los Monasterios de la Edad Media al resguardarla entre sus códices. En el pasado siglo son escasas las representaciones públicas: apenas merece mencionarse la comedia de D. José María Samper, titulada "Un alcalde a la antigua", que, al decir de Gómez Restrepo, "abrió al arte dramático nacional un camino que es lástima no hubieran trillado nuestros ingenios"; es lástima, sí, pero era lo natural tratándose de un pueblo en formación, donde aún no habían llegado a concretarse de manera definitiva los elementos psicológicos y pintorescos que el autor dramático necesita para moldear caracteres simbólicos. Esta misma circunstancia explica por qué sólo ahora comenzamos a producir un teatro que, sin haber dejado antes huella sensible en el sainete o la simple comedia satírica, opta por la forma que en Francia denominan alta comedia, como la más adecuada a la expresión de los problemas que aborda, y que son, en lo general, los que derivan de las deficiencias de organización colectiva o de la codicia extranjera.

Antes del despojo de Panamá—para marcar con una fecha conocida el punto

Rendón: En la Conferencia Panamericana: ¿Quién le pone el cascabel al gato?

donde termina su infancia—, la historia del teatro colombiano no tiene, pues, sino un interés anecdótico, muy grande, sí, como lo prueba la historia siguiente:

Don Juan Sámano, el último de los virreyes, mandó fusilar durante nuestra guerra magna a una joven conocida por el nombre de "La Pola", y que, por su heroísmo, ocupa lugar preferente en la epopeya de la independencia. Años después, se representó en Bogotá un drama histórico basado en aquel episodio, y el público aplaudió con entusiasmo al principio; pero en el tercer acto, cuando el Virrey manda fusilar a la heroína, la concurrencia protestó ruidosamente, y obligó a los actores, no sólo a dar por libre a "La Pola", sino a fusilar en su reemplazo al Virrey.

Don Antonio Gómez Restrepo, a quien tiene forzosamente que citar todo el que escribe sobre literatura colombiana, porque en ella representa, además de su papel de buen poeta, el de crítico abnegado y erudito, resume así, en pocas palabras, lo que yo llevo mal explicado: "Si hubiéramos de caracterizar en una publicación el movimiento literario de la época, citaríamos "El Mosaico", célebre revista literaria, de la cual se publicaron cuatro volúmenes (1856-1865). Redactábanlo los concurrentes a las tertulias literarias de carácter familiar, que por gracejo se apellidaron mosaicos. En sus páginas, dedicadas exclusivamente a la literatura, lo que las libra de todo dejo de amargor, inevitable en publicaciones de índole política, se encuentran producciones, en verso y en prosa, verdaderamente magníficas, al lado de cosas que revelan una vida sencilla e ingenua."

Hasta aquí el Sr. Gómez Restrepo, cuyas palabras sintetizan evidentemente la actividad literaria de aquellos años. A mi turno, y a ser posible encerrar en una sola composición poética la alegría sana, las dotes descriptivas y el propósito de enseñar, burla burlando, grandes o pequeñas verdades, que son los tres caracteres esenciales de la obra que dejaron nuestros abuelos, pensaría que no otra cosa se propuso D. José Manuel Marroquín con su perrilla, que, de seguro, "no habría desdeñado firmar como suya" el sevillano autor de "La Cena".

LA PERRILLA

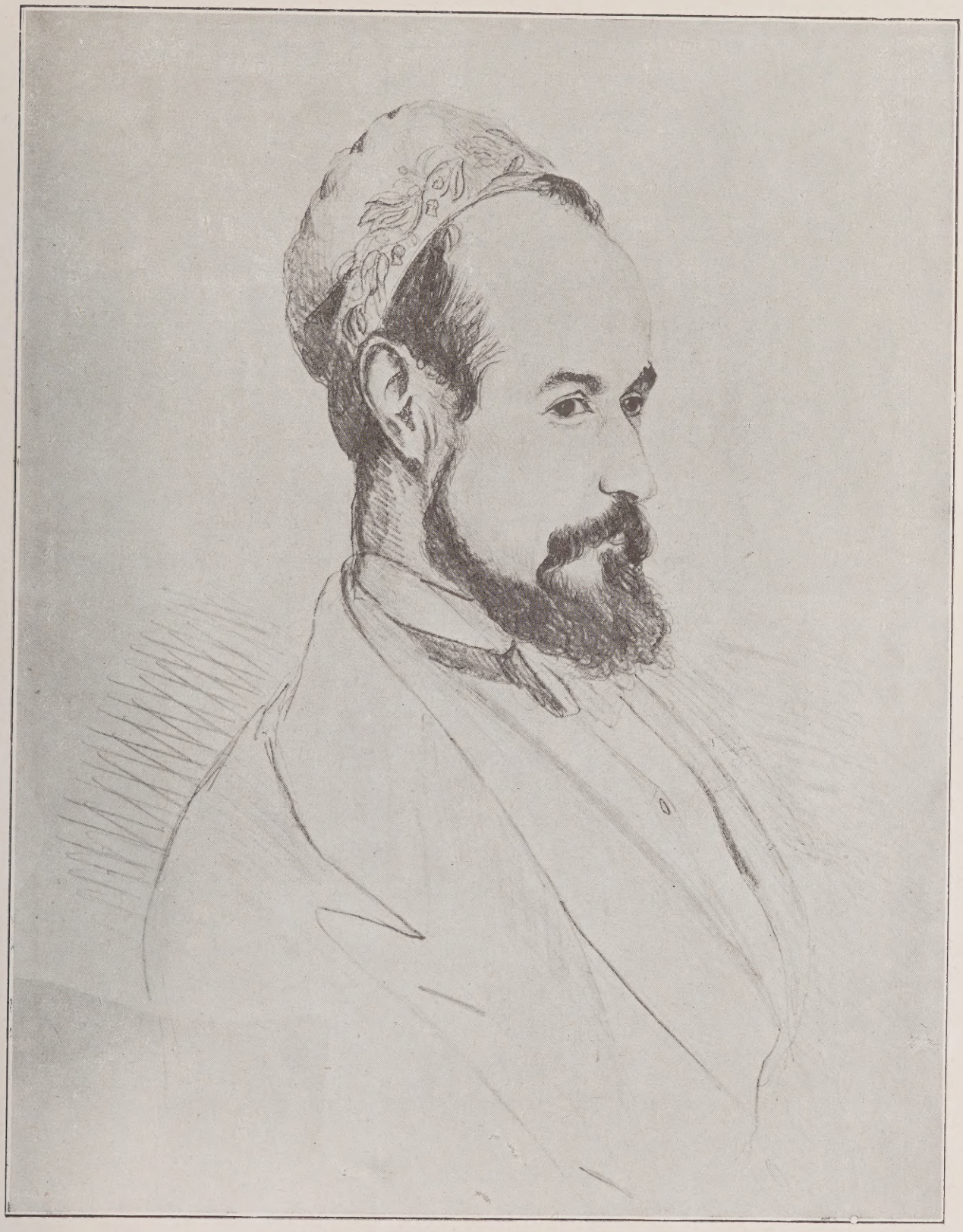
Es flaca sobremanera
toda humana previsión,
pues en más de una ocasión
sale lo que no se espera.

F. A. Cano: Horizontes.

Salió al campo una mañana
un experto cazador,
el más hábil y el mejor
alumno que tuvo Diana.
Seguíale gran cuadrilla
de ejercitados monteros,
de ojeadores, ballesteros
y de mozos de traílla.
Van todos apercibidos
de las armas necesarias,
y llevan de castas varias
perros diestros y atrevidos,
caballos de noble raza,
cornetas de monte, en fin,
cuanto exige Moratín
en su poema "La Caza".
Levantan pronto una pieza:
un jabalí corpulento,
que huye veloz, rabo a viento,
y rompiendo la maleza;
todos siguen con gran bulla
tras la cerdosa alimaña,
pero ella se da tal maña,
que a todos los aturulla
y, aunque gastan todo el día
en paradas, idas, vueltas,
y carreras y revueltas,
es vana tanta porfía.
Ahora que los lectores
han visto de qué manera
pudo burlarse la fiera
de los tales cazadores,
oigan lo que aconteció.

Tobón Mejía: Relieve de la tumba del poeta Isaacs.

y aunque es suceso que admira,
no piensen, no, que es mentira,
que lo cuenta quien lo vió:
Al pie de uno de los cerros
que batieron aquel día,
una viejilla vivía
que oyó latir a los perros;
y con ganas de saber
en qué paraba la fiesta,
iba subiendo la cuesta
a eso del anochecer.
Con ella iba una perrilla...
Mas sin pasar adelante,
es preciso que un instante
gastemos en describilla:
Perra de canes decana
y entre perros protoperra,
era tenida en su tierra
por perra antediluviana.
Flaco era el animalejo:
el más flaco de los canes;
era el rastro, eran los manes
de un cuasi-semi-ex-gozquejo.
Sarnosa era... Digo mal:
no era una perra sarnosa,
era una sarna perrosa
en figura de animal;
era, otrosí, derrengada;
la derribaba un resuello;
puede decirse que aquello
no era perra ni era nada.
A ver, pues, la batahola,
la vieja al cerro subía

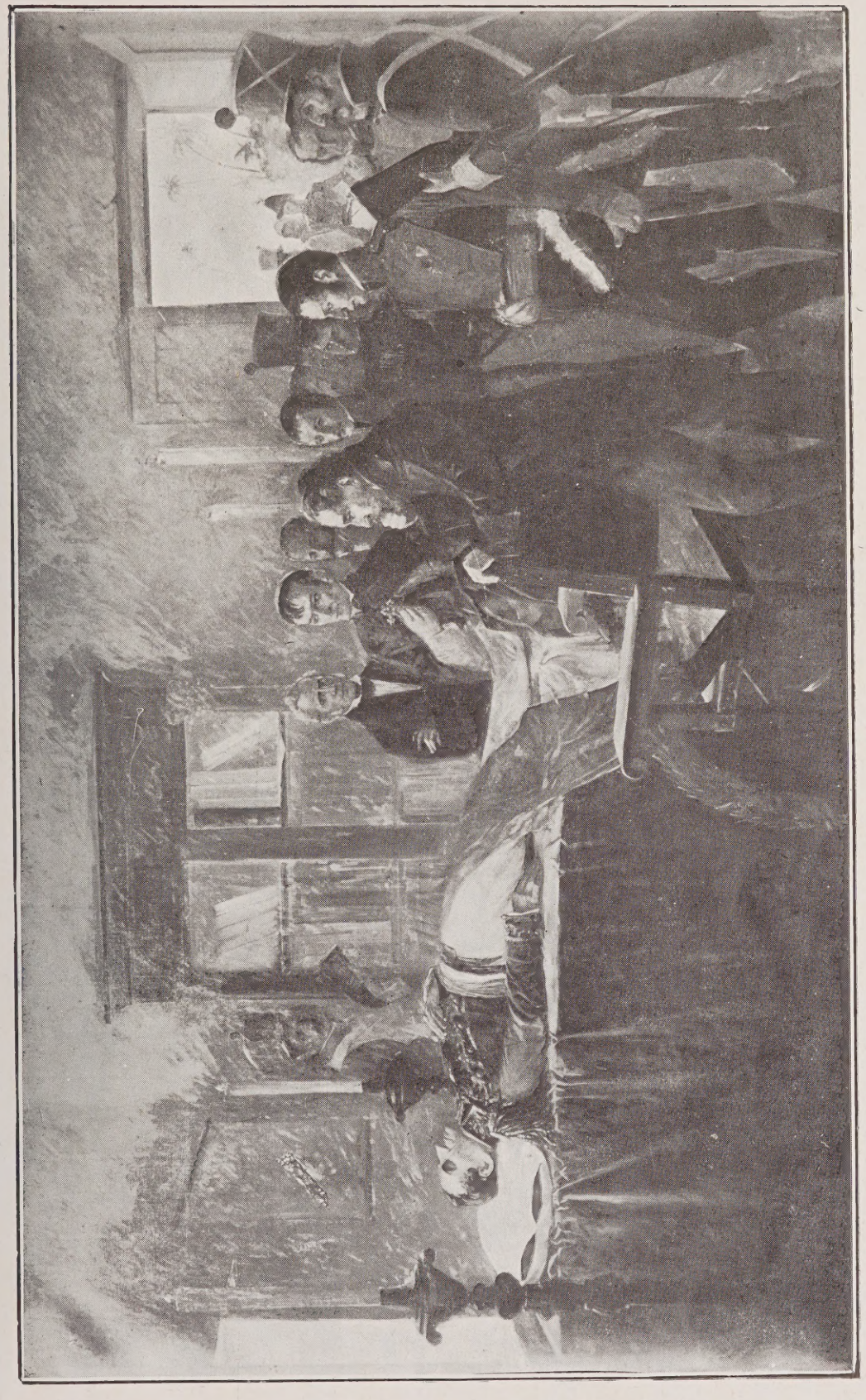


Alberto Urdaneta: Diego Fallón.

de la perra en compañía,
que era lo mismo que ir sola.
Por donde iba hizo la suerte
que se hubiese el jabalí
escondido, por si así
se libraba de la muerte;
empero, sintiendo luego
que por ahí andaba gente,
tuvo por cosa prudente
tomar las de Villadiego.
La vieja entonces, al ver
que escapaba por la loma,
¡sus!, dijo por pura broma,
y la perra echó a correr.
Y aquella perra extenuada
sombra de perra que fué,
de la cual se dijo que
no era perra ni era nada;
aquella perrilla, sí,
¡cosa es de volverse loco!,
no pudo coger tampoco
al maldito jabalí.

Durante la segunda mitad del siglo pasado culmina la lírica en Colombia; al lado de Caro, el erudito; de Núñez, el pensador; de Fallon, el cantor de la luna, y que, como ella, despide de lo íntimo del alma resplandores purísimos, se presenta un príncipe del reino de la poesía: Rafael Pombo.

Como nuestro Funza, que baña sosegado la Sábana, ríe luego, entre piedras, en los climas cálidos, mueve la rueda en los trapiches y se remansa, para morir en el Magdalena, la inspiración de Pombo es tortuosa y recorre todos los campos de la poesía, desde los cuentos infantiles, que copian, al modo de agua tranquila, la imagen de "Pastorcita", vestida con un ropaje de ilusión y guiando hacia el país de los sueños su rebaño de corderos blancos, hasta la clamorosa catarata de la "Hora de



Quijano: La muerte del Libertador.

tinieblas" y la sonoridad melancólica de su soneto "De Noche", en que el espíritu del poeta se apacigua al resplandor de un cielo ya cercano. He aquí dos muestras del vigor y variedad de su musa:

HORAS DE TINIEBLAS

(*Fragmentos.*)

¡Oh, qué misterio espantoso
es este de la existencia!
¡Revélame algo, conciencia!
¡Háblame, Dios poderoso!
Hay no sé qué pavoroso
en el ser de nuestro ser.
¿Por qué vine yo a nacer?
¿Quién a padecer me obliga?
¿Quién dió esta ley enemiga
de ser para padecer?

Si en la nada estaba yo,
¿por qué salí de la nada
a execrar la hora menguada
en que mi vida empezó?
Y una vez que se cumplió
ese prodigio funesto,
¿por qué el mismo que lo ha impuesto
de él no me viene a librar,
y he de tener que cargar
un bien contra el cual protesto?

Pues cuanto ha sido y será
de Dios, reside en la mente;
tanto infortunio presente,
¿no lo contemplaba ya?

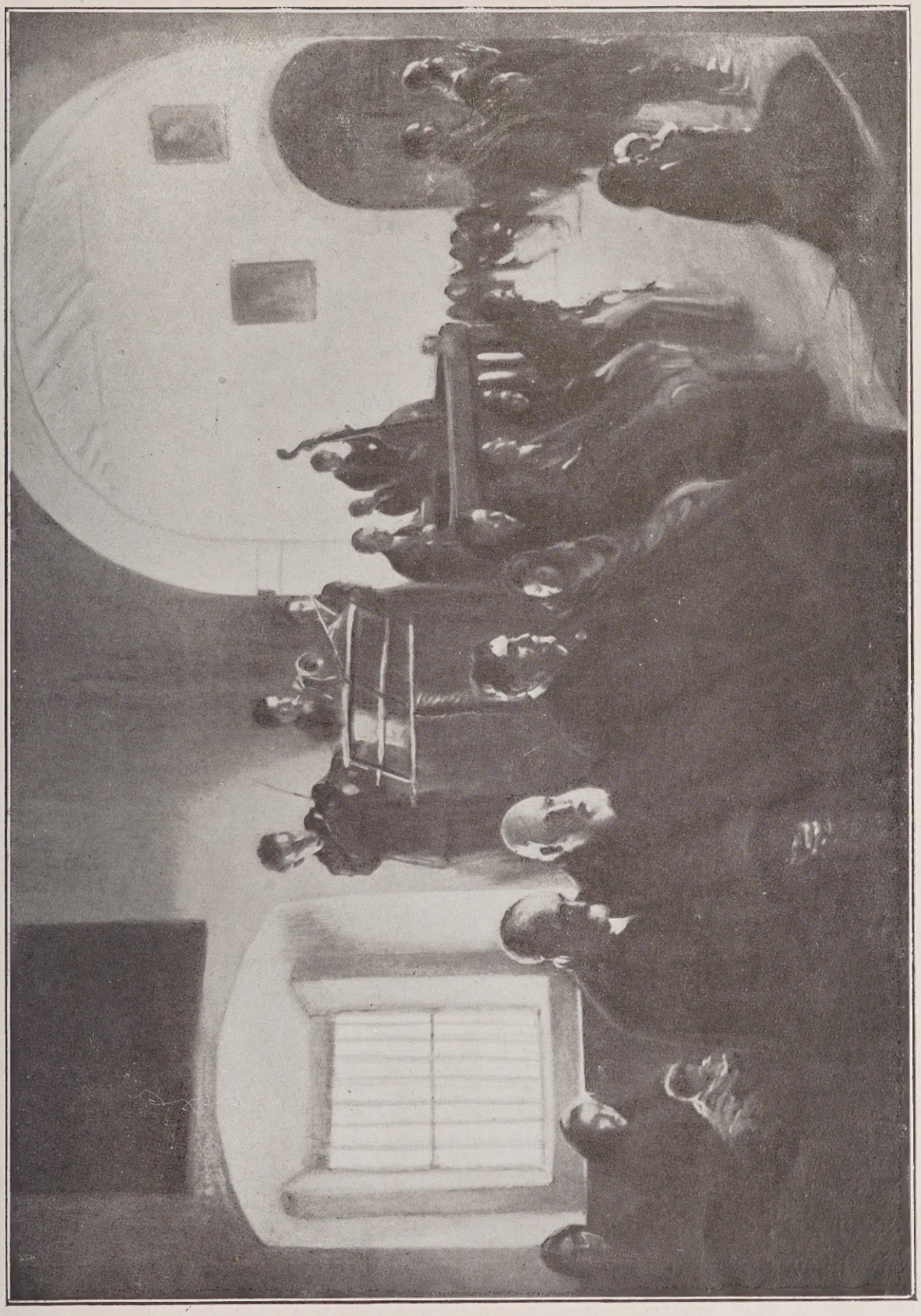
Eugenio Peña: En la cima.

Y ¿por qué, si en El está
del bien la fuente suprema,
lanzó esa voz anatema
que hizo súbito existir
un mundo en que oye gemir
y un hombre que de El blasfema?

¿Cómo de un bien infinito
surge un infinito mal,
de lo justo lo fatal,
de lo sabio lo fortuito?
¿Por qué está, Dios, proscrito
el que antes no te ofendió,
y por qué se le formó
para enloquecerlo así,
de un alma que dice *sí*
y un cuerpo que dice *no*?

De pronto así, cual soñando,
en alta mar sorda y fuerte,
entre la nada y la muerte,
me encuentro a oscuras bogando;
sopla el viento, y ando, y ando,
ignoro a dónde y por qué,
y si interrogo a la fe
y a la razón pido ayuda,
una voz me dice: ¡duda!,
y otra voz me dice: ¡cree!

Con menos alma, quizá
sólo a la segunda oyera,
o con más alma pudiera
no equivocarme jamás:



Roberto Pizano: Fiesta de pueblo.

entonces creyera más,
o al menos dudara menos;
pero, a malos como a buenos,
plugo al Señor conceder
luz bastante para ver
que estamos de sombra llenos.

Contrasta con esta catarata de aguas amargas el soneto intitulado:

DE NOCHE

No ya mi corazón desasosiegan
las inflamadas brisas de otros días...
¡Oh patria! ¡Oh casa! ¡Oh sacras musas mías!
... ¡Silencio! Unas no son, otras me niegan

Los gajos del pomar ya no doblegan
para mí sus purpúreas ambrosías;
y del rumor de ajenas alegrías
sólo ecos melancólicos me llegan.

Dios lo hizo así. Las quejas, el reproche,
son ceguedad. Dichoso el que consulta
oráculos más altos que su duelo.

Es la vejez, viajera de la noche;
y al paso que la tierra se le oculta,
ábrese amigo a su mirada el cielo.

Después de Pombo aparece un "soñador de infinito", elegante refinado, que con sus "nocturnos", conocidos en todo el antiguo imperio de Felipe II, marca rumbos y formas nuevas a la poesía contemporánea. Atormentado por insaciable sed de belleza, descorrió con su mano la enorme cortina negra que deslinda nuestra vida ma-

J. M. Zamora: El río Luisa (Tolima).

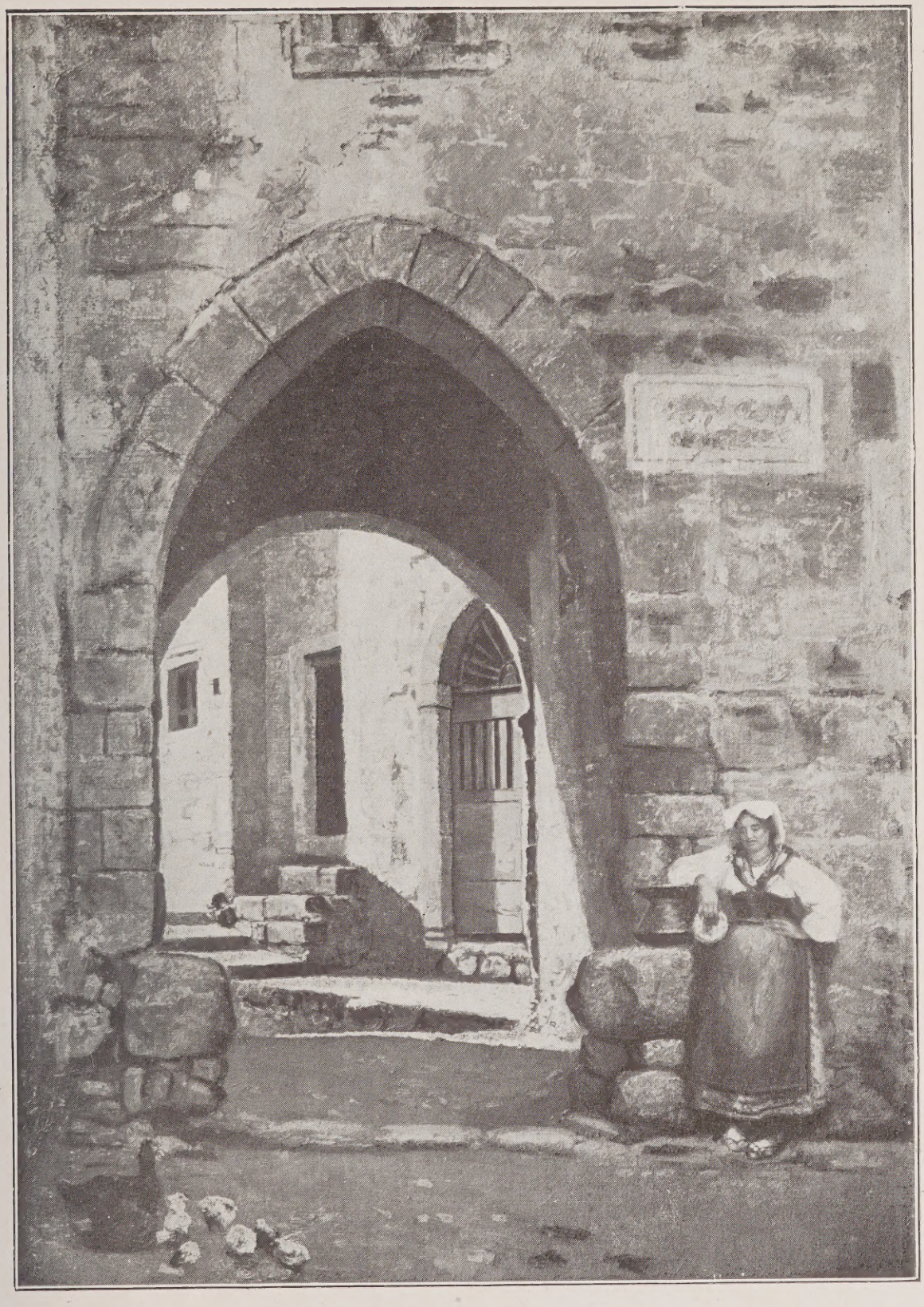
terial de la eterna. La obra de Silva es escasa, pero en ella abundan destellos geniales; y si adolece en algunas partes de imperfección gramatival, es preciso recordar lo que el ilustre crítico D. Rafael Domenech escribió refiriéndose a un gran pintor, palabras que vienen bien al caso de Silva: "Hablar de correcciones en las obras del genio, es, sencillamente, medir al genio como se mide al discreto." Sanín Cano define a Silva así: "Pretendió gozar de la vida con igualdad y plenitud, refundir su conciencia por todos los resquicios del Universo, hacer suyas a un mismo tiempo la visión apolínea y la dionisíaca. Logró solamente, en el medio adverso donde hubo de agitarse, convertir su organismo en la más delicada y exquisita máquina de sufrir."

La influencia de Silva en la poesía española es tan manifiesta, que puede señalarse con el dedo y casi línea a línea. Tratando este punto con un ilustre profesor de literatura en Salamanca, D. Antonio García Bóiza, cotejamos varias composiciones de Gabriel y Galán con las de nuestro poeta. No tengo aquí espacio suficiente para hacer lo mismo, pero veamos siquiera un caso en que no opino como crítico, sino que, simplemente, consigno mis impresiones de lector. Gabriel y Galán se reveló como poeta en unos juegos florales celebrados en 1901. (Silva había muerto en 1896), y fué grande amigo de D. Miguel de Unamuno; como todos saben, Unamuno había escrito el prólogo de las obras de Silva, "porque en las lontananzas de mi memoria—decía—, entre rumor de hojas secas, susurraban retazos de sus cantos. Su letra se había volado, pero me quedaba su música íntima, su música silenciosa, música de alas".

He aquí alguno de esos versos, cuya música perduraba en el recuerdo de Unamuno:

LUZ DE LUNA

Ella estaba con él. A su frente,
pensativa y pálida,
penetrando a través de la reja
de antigua ventana,
de la luna naciente venían
los rayos de plata.



R. Moros: Aledaños de Roma.

El estaba a sus pies, de rodillas,
perdido en las vagas
visiones que cruzan en horas felices
los cielos del alma.

Con las trémulas manos asidas,
con el mudo fervor de los que aman,
palpitando en los labios los besos,
entrambos hablaban
el lenguaje mudo
sin voz ni palabras,
que en momentos de dicha suprema
tembloroso el espíritu habla.

El silencio que crece. La brisa
que agita las ramas.
Dos seres que tiemblan; la luz de la luna
que el paisaje baña.
Amor: un instante detén allí el vuelo;
murmura tus himnos de triunfo y recoge las alas.

Unos meses después, él dormía,
bajo de una lápida,
el último sueño, de que nadie vuelve:
el último sueño de paz y de calma.

Anoche, una fiesta,
con su grato bullicio animaba
de ese amor el tranquilo escenario.
¡Oh burbujas del rubio champaña!
¡Oh perfume de flores abiertas!
¡Oh girar de desnudas espaldas!
¡Oh cadencias del valse, que mueve
torbellinos de tules y gasas!

R. Borrero Alvarez: El torrente.

Allí estuvo, más linda que nunca,
por el baile tal vez agitada;
se apoyó levemente en mi brazo;
dejamos la sala,
y un instante después penetramos
en la misma estancia
que un año antes no más la había visto
temblando, callada,
cerca de él. Amorosos recuerdos,
tristezas lejanas,
cariñosas memorias que vibran
cual sones de arpa;
tristezas profundas
del amor que en sollozos estalla.
Presión de sus manos,
son de sus palabras,
calor de sus besos,
¿por qué no volvisteis a su alma?
A su pecho no vino un suspiro;
a sus ojos no vino una lágrima;
ni una nube nubló aquella frente,
pensativa y pálida;
y mirando los rayos de luna,
que a través de la reja llegaban,
murmuró con su voz, donde suenan
como notas y cantos y músicas
de campanas vibrantes de plata:
¡Qué valses tan lindos!
¡Qué noche tan clara!

Veamos un fragmento de "El Cristo de Velázquez", del salmantino, aunque bien pudiera escogerse otra composición similar, como "Surco arriba y surco abajo", "¿Qué tendrá?", "La Galana", "El Cristu benditu", etc.:

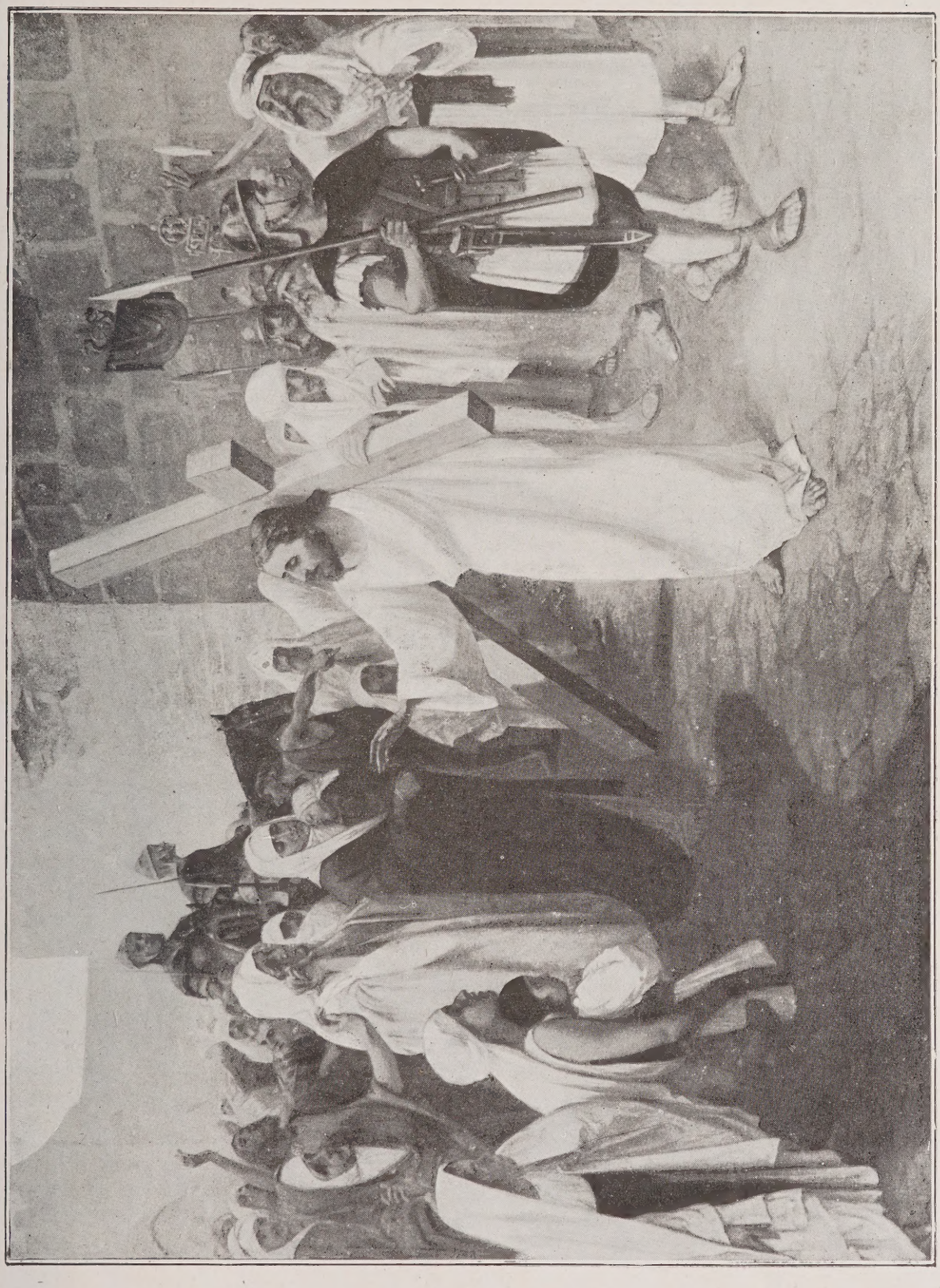
Roberto Pizano: La esposa del pintor.

"No se puede crear sin su fuego,
no se puede sentir sin sus dardos,
no se puede vibrar sin sus ecos,
volar sin sus alas,
vivir sin su aliento...
El sublime vidente dormía
del amor y del arte los sueños.
.....
Y el amor, el imán de las almas,
le acercó la visión del Cordero,
la visión del dulcísimo Mártir,
clavado en el leño,
con su frente de Dios dolorida,
con sus ojos de Dios entreabiertos,
con sus labios de Dios amargados,
con su boca de Dios sin aliento,
¡muerto por los hombres!,
¡por amarlos, muerto!"

Comparemos ahora el conocidísimo "Nocturno", de Silva, con las "Canciones de la noche", de Gabriel y Galán:

"NOCTURNO", DE SILVA

Una noche,
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas;
una noche,
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,
a mi lado, lentamente, contra mí ceñida toda, mustia y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura,
caminabas;



F. A. Cano: El Cristo del Perdón.

y la luna, llena,
por los cielos azulosos, infinitos y profundos, esparcía su luz blanca;

y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes de la senda se juntaban;
y eran una,
y eran una,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra... larga.

Esta noche
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de la muerte,
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,

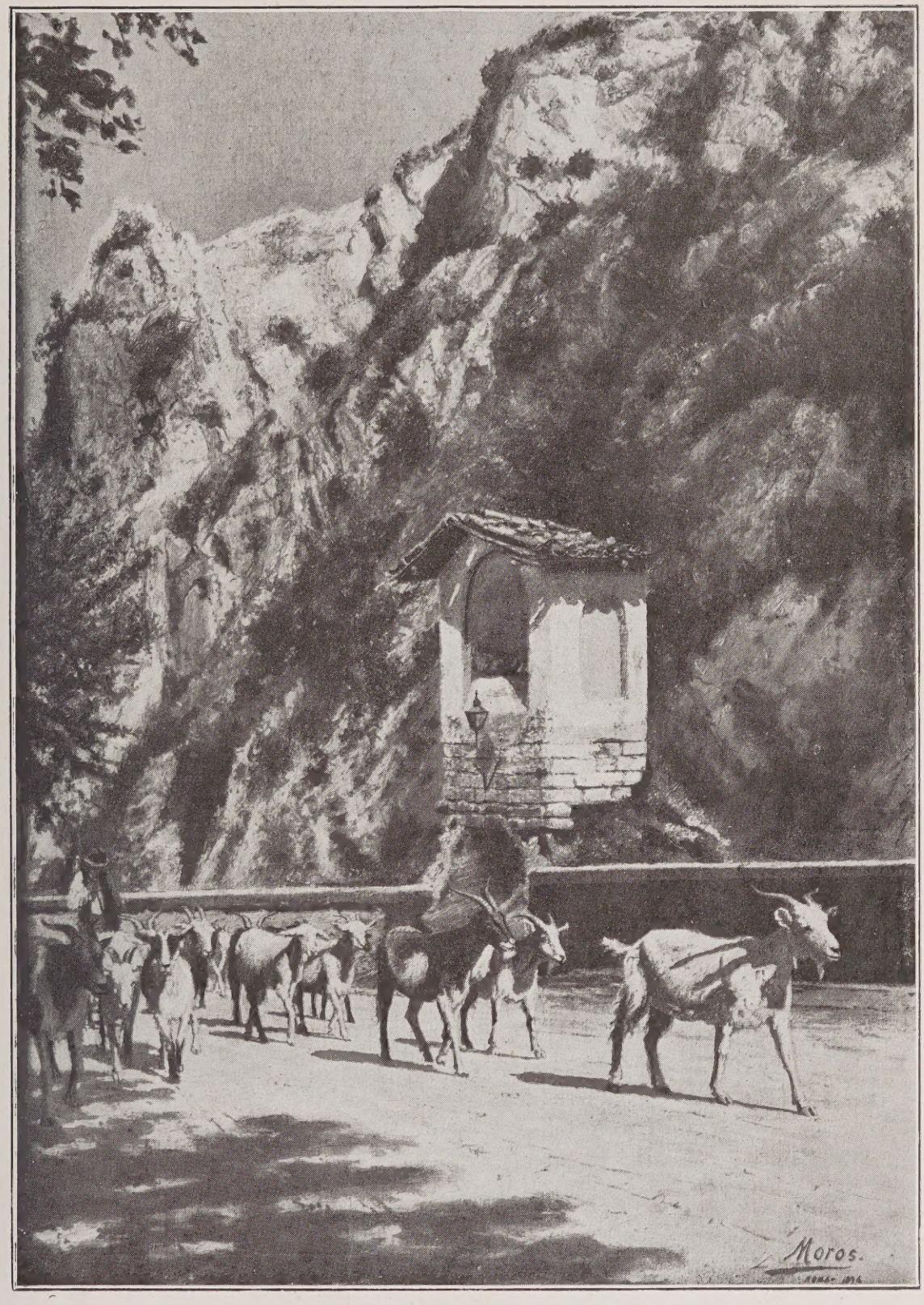
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo por la senda caminaba...
y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas.
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas, y tus sienes, y tus manos adoradas,
entre la blancura nívea
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.
Y mi sombra,

Acebedo Bernal: Doña Blanca Tenorio.

por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra, esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!

LAS "CANCIONES DE LA NOCHE", DE GABRIEL Y GALAN

Una noche rumorosa y palpitante,
de humedades aromáticas cargada;
una noche más hermosa que aquel día
que nació con un crepúsculo de nácar
y medió con un incendio del espacio
y expiró con un ocaso de oro y grana...
Una tibia, clara noche melodiosa,
impregnada de dulzuras elegiacas,
que caían mansamente de los cielos
en los rayos de la dulce luna blanca,
por el seno de los montes
triste y solo yo vagaba
con el alma más vacía
que el abismo de la nada.
Y los coros rumorosos de la noche,
con sus músicas de oro me cantaban



R. Moros: La vuelta del prado.

la canción de la tristeza
de las almas solitarias.

.....

Yo, una sombra que pasaba por el mundo
sin dejarle ni la huella de mis plantas...

.....

Yo era sombra, yo era muerte,
yo era estéril movimiento sin substancia,
y por eso los rumores musicales
de la noche misteriosa me cantaban
la canción de la tristeza,
ruín idioma de las almas solitarias.
Otra noche, tan hermosa como aquella,
de armonías y de aromas empapada,
otra pura, casta noche rutilante,
presidida por solemne luna diáfana,
que inundaba los espacios infinitos
con el polvo de su mansa luz fantástica,
triste y solo, como siempre,
por el seno de los montes yo vagaba.

.....

¡Oh, qué hermoso, qué sereno, qué divino!
Era el ángel, era el alma
de la choza miserable,
de la choza solitaria.
¡No era mío, no era mío!
Era el beso de las almas que se enlazan;
¡era el premio merecido
por los seres que se aman!

.....

Y otra noche, de seguro tan hermosa
como aquellas ideales noches blancas
arrulladas por el ritmo de los mundos,

Eugenio Peña: El albergue.

y pobladas de los sueños de las almas,
a la puerta de la choza miserable
del cabrero, cuya dicha yo envidiaba,
se quedaron medio ciegas
mis pupilas espantadas.

.....

Y su madre estaba loca,
y su padre mudo estaba,
y los rayos amorosos de la luna
le caían elegiacos en la cara,
su carita trasparente,
que era blanca, que era blanca,
como el ala de los cisnes del estanque,
como el ampo de la nieve inmaculada.

.....

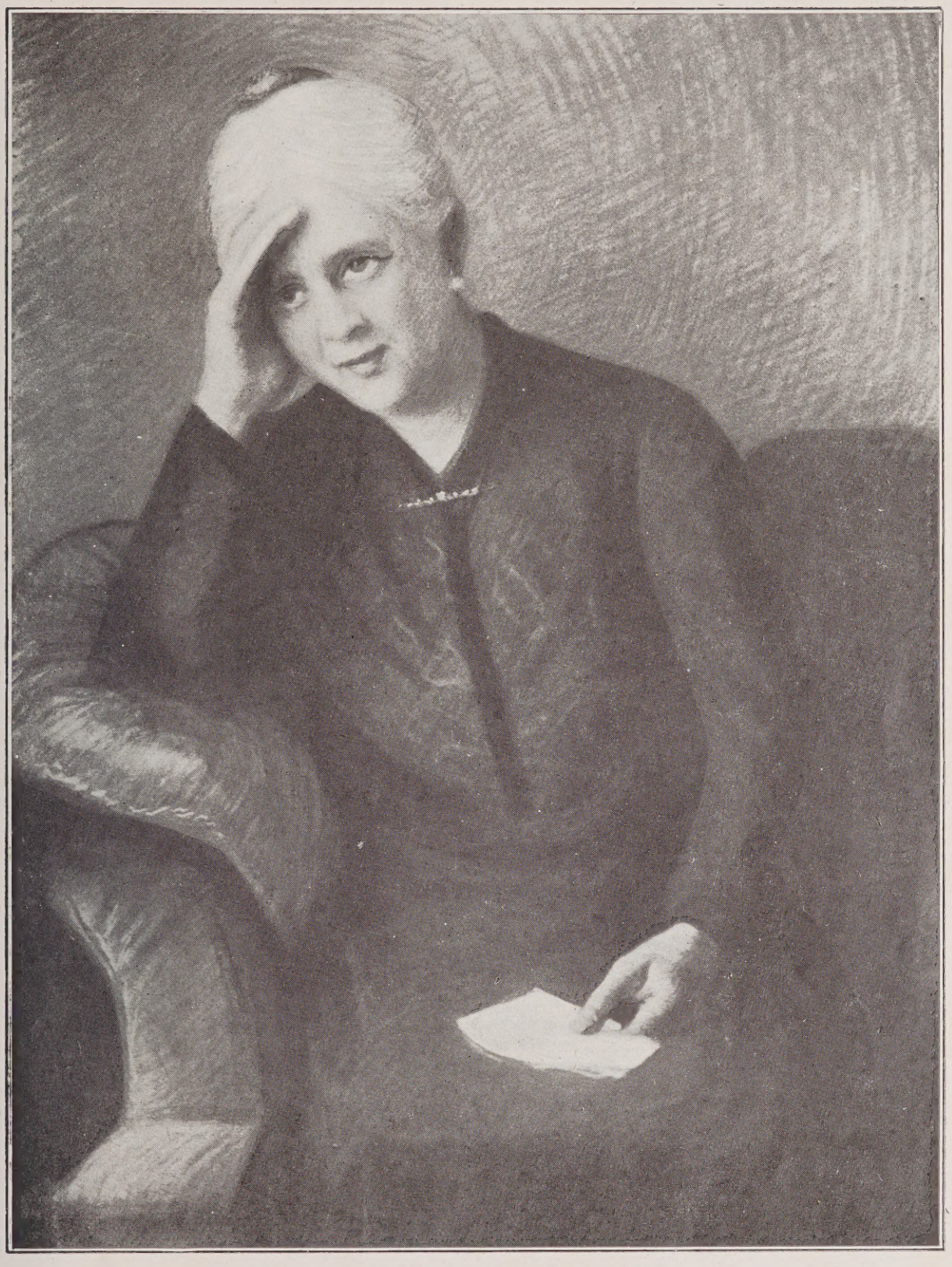
Yo sentí que de repente
se me helaron las entrañas.
Era el frío del terror a lo futuro
quien me dió la puñalada;
era el miedo a los dolores infinitos
que a los padres de aquel ángel destrozaban...

La semejanza, no ya ideológica, sino simplemente visual, es absoluta, si los versos de veinticuatro sílabas de Silva se descomponen en dos de doce, como los de Gabriel y Galán, o si, a la inversa, las palabras que forma el poema de este poeta se escriben a la manera de "Nocturno":

"Una noche,
una noche rumorosa y palpitante, de humedades aromáticas cargada."

O también:

"Y los rayos amorosos de la luna
le caían elegiacos en la cara,



R. Pizano: La madre del pintor.

su carita trasparente,
que era blanca,
que era blanca,
como el ala de los cisnes del estanque."

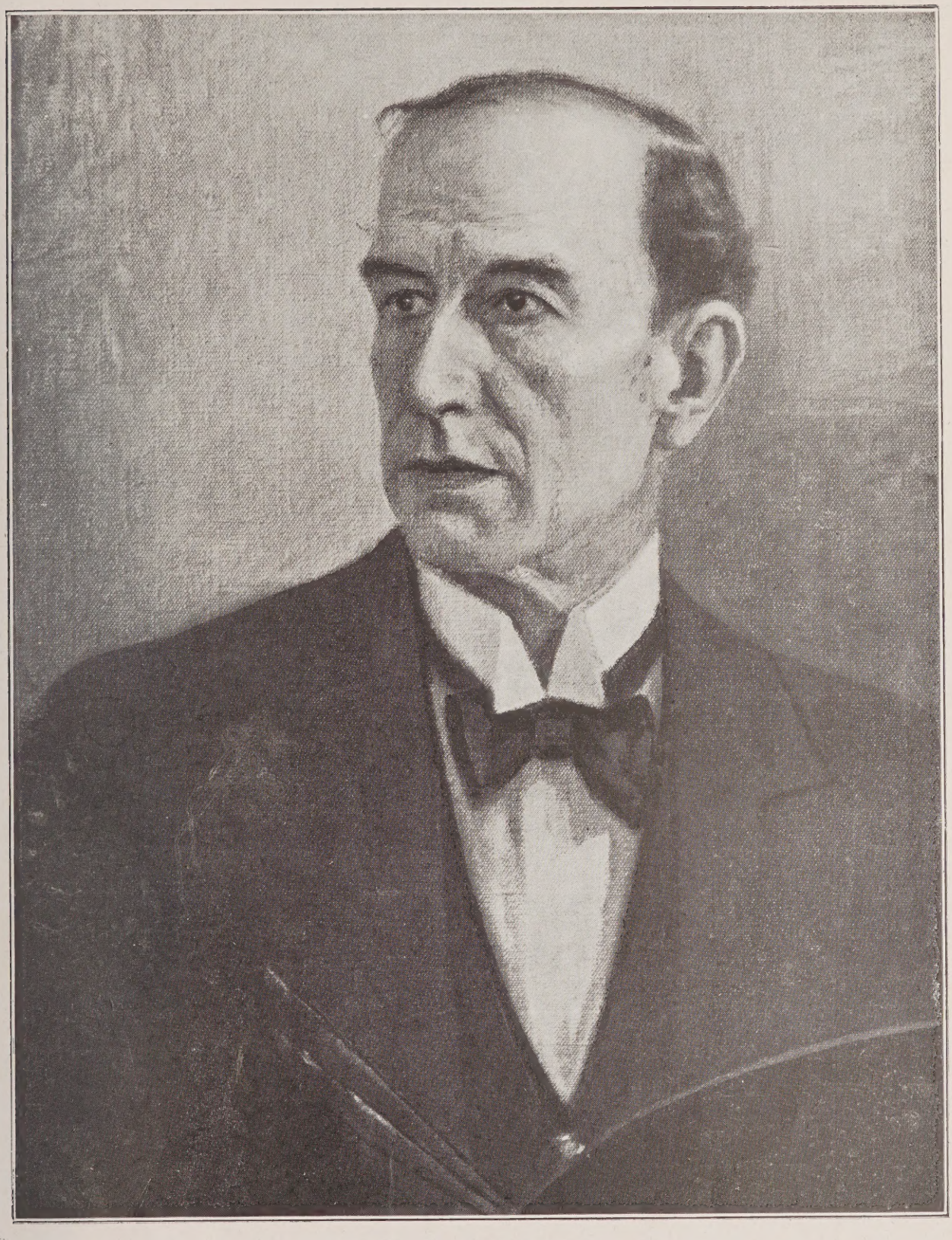
Mucho antes de llegar a la cumbre que le estaba reservada, Silva se precipitó al mar, "donde navegan las barcas sin barquero", como diría tan bellamente Charles Guerin. Al caer, abrió un ancho círculo en torno suyo, de donde saltaron a todos los puntos del horizonte mil chispas luminosas, que hoy abrillantan los jardines de la moderna lírica de Colombia; porque Silva ha influído en todos nuestros poetas, a lo menos, como ejemplo de fervor hacia la belleza.

Es imposible diseñar el brío con que, después de Silva, reverdecen nuestras letras: de todos puntos parten numerosas caravanas, que no sé cómo clasificar, si no es designándolas con nombres vagos, poco exactos y enteramente convencionales. Surge una célebre tertulia, que se denomina "La Gruta Simbólica", cuyo cetro corresponde a Valencia, y que produce frutos de toda especie: Gómez Jaime, Diego Uribe, Villafañe, Soto Borda, Arciniegas, cada uno cabeza de distinto bando, o Julio Flórez, el más espontáneo y popular de nuestros poetas. A "La Gruta Simbólica" pertenece Antonio Quijano Torres, autor del soneto "Madre", que, según Valencia, era más para rezado que para dicho.

MADRE

Desde tu cruz, caíste en el sombrío,
ereboso oleaje de la muerte;
tu pálida belleza rodó inerte
como una flor tronchada por el frío.

Y la corriente te arrastró, Bien mío,
ávida te arrastró... No torné a verte...,
que te hundiste, te hundiste hasta perderte
en el silencio del oscuro río.



Acebedo Bernal: Autorretrato.

Y odié la vida. En la ribera, solo,
bajo un cielo infinitamente triste
como los cielos huérfanos del Polo.

¡Madre!—grité—, ¡por qué me abandonaste!
Era tuya la vida que me diste:
¡Por qué en un beso no te la llevaste!

No puedo dejar pasar por alto a Flórez sin dar siquiera una muestra de su musa, siempre elegíaca. Inspirado en grado sumo, toda la obra de Flórez está literalmente cuajada de imágenes y frases geniales. Por desgracia, no fué el suyo un espíritu cultivado; que, de haberlo sido, sin duda tendríamos en él uno de los mayores poetas de la lengua española. En Chiquinquirá, su tierra natal, se erigió a Flórez, después de su muerte, un busto, en cuyo pedestal se lee el siguiente soneto:

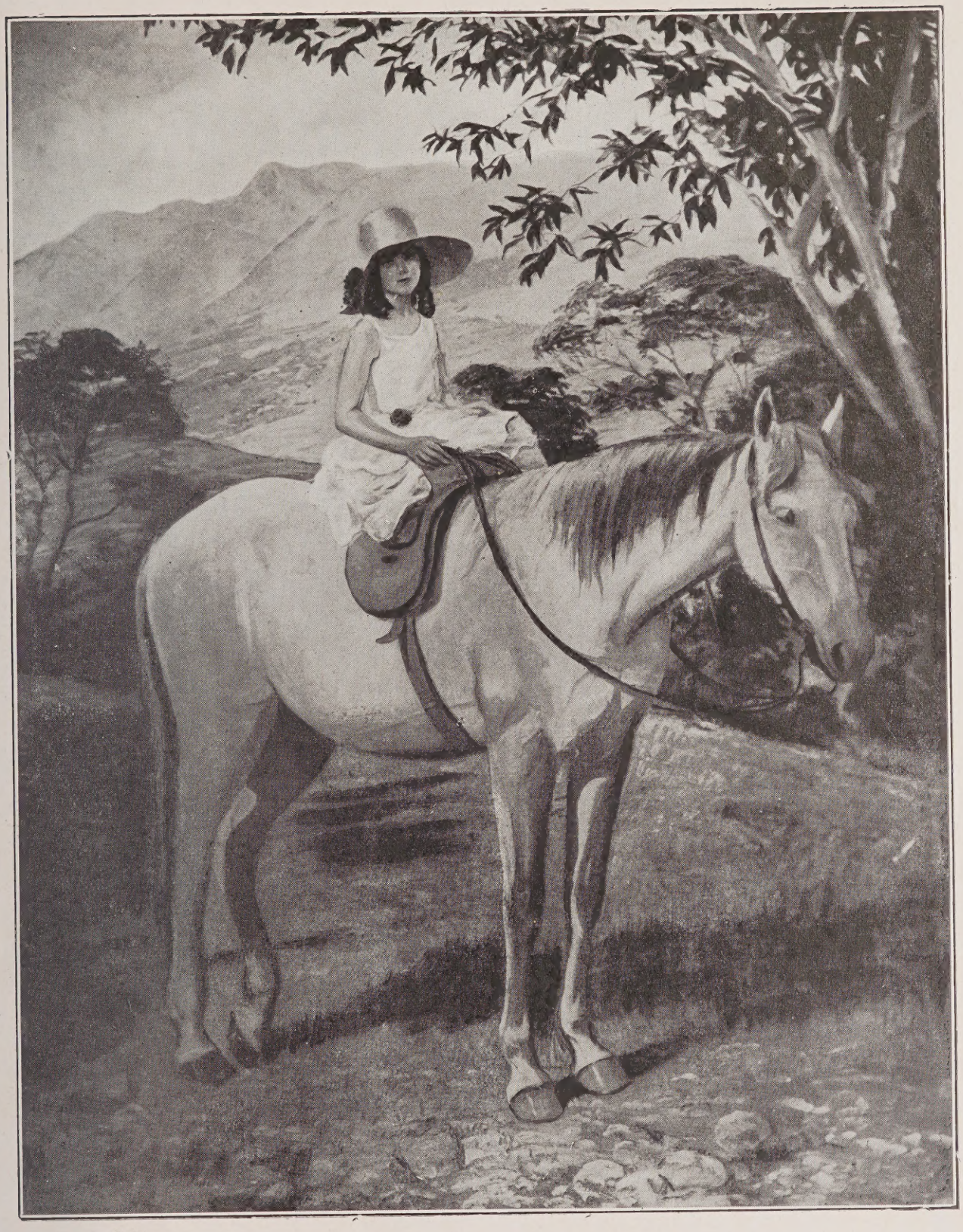
ABSTRACCION

A veces, melancólico, me hundo
en mis noches de escombros y miserias,
y caigo en un silencio tan profundo
que escucho hasta el latir de mis arterias.

Más aún: siento el paso de la vida
por la sorda caverna de mi cráneo,
como un rumor de río subterráneo,
como un eco de lava sin salida.

Entonces, presa de pavor y yerto
como un cadáver, mudo y pensativo,
en mi abstracción a descifrar no acierto

si es que dormido estoy o estoy despierto;
si un muerto soy que sueña que está vivo,
o un vivo soy que sueña que está muerto.



R. Gómez Campuzano: Vacaciones.

A otro lado hay que colocar a los poetas de la Academia: Casas, Gómez Restrepo, Ricardo Nieto, Caro, Mora y Víctor M. Londoño, que, desgraciadamente para la Academia, no pertenecen a ella. Casas es, entre todos, el que tiene raigambres más colombianas; se ha hecho célebre por sus sonetos a la aldea nativa. Ricardo Nieto, aunque más cosmopolita, tiene varia y tumultuosa inspiración, al paso que Londoño, artista de la forma, orfebre de la palabra, se esmera mucho y produce poco. Como muestra de esta clase de producción, que llamaremos académica, vayan estos versos, de Víctor E. Caro, el más joven de todos los académicos e hijo del insigne D. Miguel Antonio, y que tomo de preferencia a otros por lo simpático del tema:

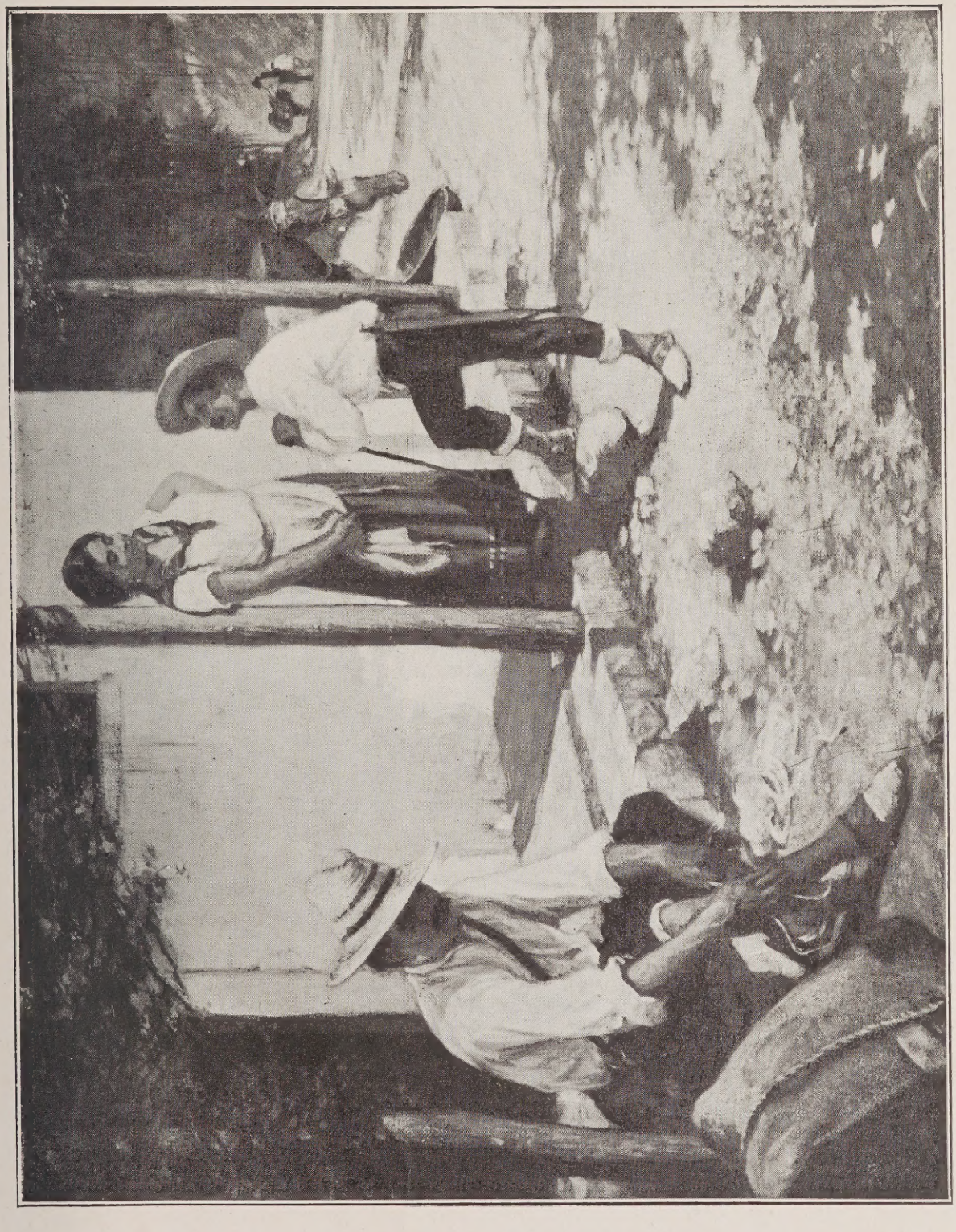
EL ZAPATICO

Ya no retozas ni haces ruido,
fiel zapatico de charol,
que, bien llevado y mal traído,
más de cien leguas has corrido
a todo viento, a todo sol.

Sin un botón, rota la suela,
que aún huele a monte y a jardín,
después de dar mucha candela,
cual bote sin remos ni vela,
descansas del rudo trajín.

Pequeño, abrigado, liviano,
como el nido de un copetón,
holgado cabes en mi mano
y pareces como un enano
junto a mi viejo zapatón.

Salvando una enorme distancia,
de un almacén a otro almacén,
viniste hasta aquí desde Francia,



D. Moreno Otero: Un alto en el camino.

para ser de la inquieta infancia
adorno, recreo y sostén.

Vino tras esta otra criatura,
y otra después, y otra después,
y tu minúscula envoltura
cubriendo fué la miniatura
tibia y rosada de sus pies.

Tu cuero, terso, blando y fino,
todo caricia y suavidad,
defendió esas plantas con tino
de los guijarros del camino
y de la escarcha y la humedad.

Pero un día te fuiste a pique,
como quien dice, en alta mar,
porque rompieron tu tabique
por babor, un dedo meñique,
y por estribor, un pulgar...

Ya no retozas, ni haces ruido,
ni relumbras al claro sol:
roto, maltrecho, descosido,
te cubre el polvo del olvido,
fiel zapatico de charol.

Después de los grupos mencionados, viene lo que allá denominamos "La generación del Centenario", verdadera muchedumbre de obreros que están construyendo la nueva Colombia: son tantos, que es imposible citarlos; en cualquier ramo de las actividades intelectuales en que se piense, acuden al recuerdo decenas de nombres de primer orden. ¿Poesía? Rasch Isla, Céspedes, Rivera, Castillo, Luis C. López, Seraville, Marín, los Umañas Bernal, los Martínez Rivas, los Carvajales, Iva-

D. Moreno Otero: Por el amor de Dios.

nowitch, de la Rosa, Arango Vélez, Martínez Mutis, Balcázar, Jaramillo Meza, Maya, Castañeda Aragón, Liévano... Para hablar de ellos, necesitaría muchas páginas. ¿Teatro? Alvarez Lleras, Luis Enrique Osorio, Rosales, Céspedes, Rivera, Martínez Rivas, Reyes, Quijano, Ortega; son muchos los entusiastas que abordan sin miedo todos los temas. ¿Periodismo? Los Santos, los Canos, Manrique, Carlos Escallón, los hermanos Zawadsky; ¡qué sé yo cuántos hombres de lucha diseminados en todo el territorio! Y en la prosa, Rueda Vargas, Grillo, de la Vega, Luis Eduardo Nieto, Cuervo Márquez; y en la música, Guillermo Uribe Holguín, Martínez Montoya, Murillo, Velasco, Calvo, Patiño, otra multitud que se despliega desde las aulas del Conservatorio mismo; y en las artes plásticas, Tobón Mejía, Rómulo Rozo, Roberto Pizano, Gómez, Leudo, Moreno, Borrero, Rendón... No tendrían término estas desgarbadas páginas al citar siquiera los nombres de los que cultivan con fortuna la novela, y el cuento, y la historia, y la crónica, y todas las actividades intelectuales, que, hoy más que nunca, justifican la abundancia de riqueza, que hizo pensar a los conquistadores españoles que Colombia era el fabuloso país del Dorado.

Para terminar, y como una prueba de los sentimientos de admiración y simpatía que a todos los colombianos nos animan con respecto a España, recordaré un soneto de Víctor Martínez Rivas, escrito en Nueva York, donde se hallaba el poeta cuando se realizó la hazaña del primer vuelo a la Argentina. Dice así:

A ESPAÑA

Hoy, que América toda sus bronces echa a vuelo
por tu aquilina empresa, trémulo de emoción,
desde tierras lejanas te agito mi pañuelo
y pongo en mi pañuelo todo mi corazón.

Qué gloria es verte, ¡oh madre!, surcar el ancho cielo,
superando la hazaña que realizó Colón,
para probarle al mundo que, en tu glorioso suelo,
junto a la regia zarpa, tiene alas el león.

Vidente fué el cacique de América, Señora,
que al mirar tu falange llegar conquistadora,
"Hijo del Sol", temblando, bautizó al español.

Hoy se torna en un hecho esa frase quimérica,
pues tus hijos descienden sobre el suelo de América
como conquistadores que bajaran del sol.

Madrid, Diciembre de 1927.

UNIÓN IBERO-AMERICANA
CALLE DE LOS MADRAZO, NÚMERO 9
MADRID

Precio: 5 pesetas

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00036556583